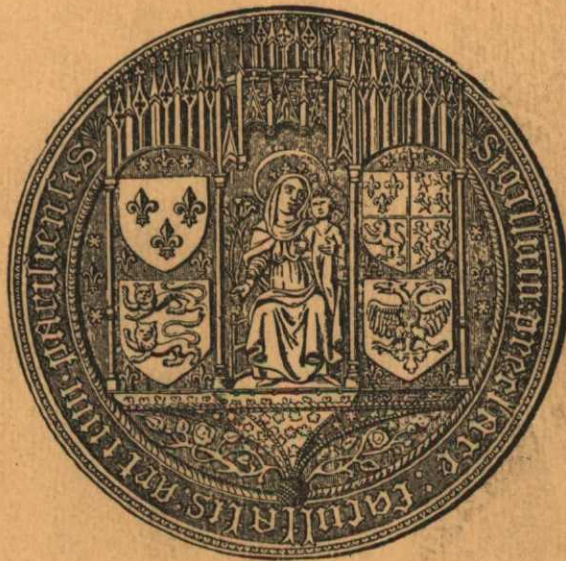


REVISTA NACIONAL DE

EDUCACIÓN



Nº

93

J-4

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

NUMERO

93



AÑO X
SEGUNDA EPOCA
1950

REVISTA NACIONAL
DE
EDUCACION

Director: PEDRO ROCAMORA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ALCALÁ, 34

TELÉFONO 21 96 08

MADRID

IMP. **SAMARÁN**
MALLORCA, NÚM. 4



SUMARIO

EDITORIAL

André Maurois: ESENCIA Y EXISTENCIALISMO

W. J. A. Visser: EL ALMA DE ESPAÑA DESDE LA ETERNIDAD DE SUS PIEDRAS

Federico Castejón: RECUERDO DE VIEJOS ABOGADOS

Cecilia Bertin: TRES NOVELISTAS INGLESAS

VENTANA AL MUNDO

LA PINTURA DE JERRY FARNSWORTH, por *Ernest W. Watson*.

EL TEATRO FRANCES EN EL AÑO 1949, por *Thierrey Maulnier*.

LAS REVISTAS HISPANO-AMERICANAS EN 1949, por *José Sanz y Díaz*.

HECHOS

LA CULTURA ECLESIASTICA EN EL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

NUEVO CURSO DE CONFERENCIAS EN EL ATENEO DE MADRID

DIEZ AÑOS DE ARQUEOLOGIA, por *Cecilio Barberán*.

HOMENAJE AL PERIODISMO ANTIGUO

NOTAS DE LIBROS

Armando Palacio Valdés. Su vida y su obra, por Angel Cruz Rueda.—Editorial Saeta.—Madrid, 1949.—*José Echegaray. El madrileño tres veces famoso*, por Augusto Martínez Olmedilla.—Madrid, 1949.

Salvador Dali, visto por su hermana, por Ana María Dali.—Editorial Juventud.—Barcelona, 1949.

La Duquesa de Alba y su tiempo, por los doctores Blanco Soler, Piga, Pascual y Pérez de Petinto. — Ediciones Epesa. — Madrid, 1949.

Ecrivains contre Médecins, por el Dr. François Salieres.—Editions Denoel.—París, 1949.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA



EDITORIAL

LOS ecos de la cultura española trascienden con repercusión feliz las fronteras de la Patria. Cada día es más frecuente la presencia por el extranjero de aquellas voces hispánicas que proclaman por doquier las características del genio español. Hombres de ciencia, escritores o poetas, han recorrido en los últimos meses países de las más diversas latitudes, en los que el pensamiento español ha brillado otra vez con su fulgurante lucidez tradicional.

Parejamente a esta actividad, de los que en el campo de las ciencias o de las letras ocupan en nuestra Patria rango destacado, señálase como signo esencial de la hora que vivimos la difusión de ese admirable instrumento de la cultura que es el libro. Y así, hombres y libros de España, se han aventurado por el insólito horizonte del mundo a vocear verdades españolas y a reavivar en las gentes su antigua curiosidad por la cultura de este glorioso rincón del Occidente europeo.

Reciente está aún el laurel alcanzado por la misión poética que recorrió triunfalmente todos los países de Hispano-América. Y pro-

fundamente actual también es el éxito de las Exposiciones españolas de libros, celebradas en el extranjero.

Hace apenas unas semanas el Consejo Superior de Investigaciones Científicas organizó, a través del Ministerio de Asuntos Exteriores, una Exposición en París de la copiosa producción bibliográfica realizada por aquel Organismo. Por todas partes —tanto en América como en Europa— los libros de España ofrecen el mejor símbolo de nuestro renacimiento intelectual.

La obra realizada en este sentido por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas es por demás confortadora. Ella demuestra la existencia de un celoso mecenazgo, mediante el cual, el Estado tutela la obra creadora de la inteligencia.

Los libros y revistas que el Consejo edita, son la prueba que mejor evidencia aquella realidad. Tanto en las ciencias aplicadas como en las del espíritu, el trabajo de la investigación española ha sido singularmente fecundo. En todos los órdenes de la actividad científica, España acusa en este momento una amplia transformación renovadora.

Pero era preciso que se conociese, extramuros de la Patria, esta abundante cosecha que, en el orden de la inteligencia, ha alcanzado la cultura nacional. El Ministerio de Asuntos Exteriores, a través de la Dirección General de Relaciones Culturales, ha sabido, con exquisito celo, proyectar hacia fuera la resonancia de esta obra que la investigación española está cumpliendo con tanto denuedo desde hace largos años.

En los últimos meses las clases intelectuales de Londres pudieron conocer los frutos de ese esfuerzo en la magnífica Exposición de libros españoles que allí se exhibió. Ahora, es París —como hace tres años lo fuera Lisboa— el escenario donde esa Exposición bibliográfica va a enmarcar la riqueza de sus realizaciones. En todo caso, España quiere, con ello, subrayar una vez más su voluntad de trabajo incansable por los arduos, pero atractivos, derroteros de la inteligencia.

Estas Exposiciones tienen, por tanto, un doble significado: expresan no sólo aquella voluntad decidida de concentrar el tesón de

los hombres de pensamiento en las realizaciones de la cultura, sino también ese inexquívable deseo de paz en el que puedan ser posibles estas difíciles tareas del espíritu.

Los libros de España son, por eso, más allá de nuestras fronteras, heraldos de la paz de la Patria. Existen, porque los ingenios que los han alumbrado tenían garantizada la seguridad de su trabajo dentro del orden y del equilibrio con que España cubre las singladuras de su serena política interior.

Resulta difícil creer que, al calor de la inquietud belicista que tortura el ánimo del mundo, pueda el trabajo investigador de los demás países, alcanzar la madurez apetecida. Es lógico pensar que el orden y la paz son los supremos baluartes tras los que deba abroquelarse toda empresa intelectual que quiera alcanzar dimensiones trascendentales de permanencia.

La paz interior de España ha sido el secreto de su renacimiento intelectual. Así, por Europa y América, lo proclaman esos libros españoles, que son el mejor símbolo de nuestra paz política interna y, a la vez, de la vigencia universal de nuestro genio hispánico.



ES E N C I A Y E X I S T E N C I A

P o r A N D R E M A U R O I S

de la Academia Francesa

Sí. Gran mar, dotado de delirios.
Piel de pantera y clámide agujereada
por miles y miles de ídolos del Sol...

PAUL VALÉRY: *El Cementerio marino.*

UNOS amigos charlan a orillas del mar. Las olas corren hacia la arena y las algas; el entendimiento sabe que no corren en absoluto; cada gota de agua asciende y descende; por lo demás, no hay gotas de agua. El físico puede muy bien ver en el mar traslación y rotación; sin embargo, allí no existen. *Cette nature fluide* rechaza todas las esencias. El mar no cesa de expresar que las formas son falsas. El océano es un demoledor de ídolos. Allí jamás se convierte en cosa la razón. Sobre la tierra el hombre puede a veces creer que la esencia se impone a la existencia; traza en ella líneas que no son líneas; construye en ella cubos que no son cubos. En el océano, nuestras ideas quedan en nuestras manos como si fuesen herramientas. No se puede de ninguna manera cavar zanjas en el mar. El es apariencia pura; pero al entendimiento la apariencia le basta. ¿No es ella to-

talmente verdadera? Uno de estos relámpagos, recogido y medido, nos daría la altura exacta del Sol, la fuerza de la ola, el calor del aire; cosas todas, en fin. Y también la curvatura de mis ojos, así como la fatiga que en ellos puede quedar como recuerdo de un resplandor demasiado vivo. Nada es verdad más que en un aspecto; mas incluso eso, pensando de una manera universal, borra la relatividad.

Sin este mar que rechaza las ideas, sin este mundo alrededor, no habría ideas. La esencia, separada de la existencia, es forma vacía. Sólo el mundo puede regular nuestros pensamientos. El entendimiento, aislado de la resistente naturaleza, se convierte en razón y no halla más que la prueba. Sabemos que Alain desprecia la prueba; el océano y el mundo se ríen de las pruebas. Pero los dialécticos se olvidan del objeto. Extraño conocimiento del conocimiento donde falta el conocimiento. Si no se vuelve incesantemente a la existencia, todo se pone en tela de juicio. Las palabras mal definidas se prestan a toda componenda; las palabras demasiado definidas carecen en absoluto de objetos que correspondan a ellas. Sí, todo se pone en tela de juicio; pero si las cosas caen en nuestras redes, eso basta. Los dialécticos quieren vivir en un mundo separado: el de las ideas. Pero sólo hay un mundo, y nosotros somos—como dijo Platón—hijos de la tierra, atados a los árboles y a las rocas. La función del entendimiento es distinguir lo que, en apariencia, es del objeto y lo que procede de nosotros. Aquél no conoce la naturaleza de las cosas que mezcla las pasiones con el objeto. Este error prevalece durante los siglos. El hombre se bate por doquier contra su sombra. Proyecta en la existencia una necesidad hipotética y se lamenta a continuación de haberla encontrado allí. Cuando hayamos tomado posesión

de nuestras ideas, cuando estemos seguros de que nos pertenecen, aparecerá el mundo.

Zenón de Elea se asombra de «esta flecha alada, que vibra y vuela, y que no vuela». Pero es que él busca en la cosa el movimiento que es de entendimiento. Lo lejos y lo cerca no se encuentran más en la cosa que en las otras cosas de las que se halla lejos y cerca. Y ¿qué es movimiento, sino distancia aumentada o disminuída? La flecha no puede darnos estas referencias. La flecha es inmóvil, puesto que está donde está; no puede estar en otra parte, no puede ir más allá. Se puede siempre borrar el movimiento diciendo, cuando una bola rueda sobre la mesa de billar, que quizá una bola nueva nazca en un nuevo lugar y que otra muera, tal como sucede con el humo que parece seguir a la locomotora. *Nous choisissons le mouvement.* Sea. Eso está muy bien si sabemos que es obra nuestra. El peligro comienza cuando el dialéctico pretende saltar de la esencia a la existencia. Nosotros pasamos de lo cierto al ser, preguntando si el mundo está, o no, hecho de líneas, átomos y movimientos. La esencia del universo no nos acerca en absoluto a la situación real, cuyo nombre es existencia. Y porque sepa que ese barco es la «Marijuana» y que lo conduce el rey de la refinería, no puedo deducir si tiene velamen bastante para esta racha de viento que pasa. Toda existencia deja un margen de indeterminación. El movimiento y el átomo no son más cosas existentes que los triángulos, elementos reales de la Francia triangulada.

Es un error natural proyectar el movimiento en la flecha; pero es un error peligroso, puesto que entonces pensamos que el orden, la causa, la ley, están también en las cosas. Un dios inmanente aparece y tiene rostro de entendimiento.

Así, pues, el entendimiento no es de este mundo. El nos enseña a interrogar al universo, y el universo es quien responde. Y si la respuesta parece desmentir las leyes del entendimiento, el entendimiento explica el desmentido, que entonces ya no es un desmentido. Pero habéis de saber que si una vez se mostrase alguna razón suficiente en alguna parte, alguna razón en la cosa misma, en fin, una especie de dios pensador en la cosa, la existencia parecería en seguida en la esencia. La prueba de las pruebas sería el fin del mundo. Como ha dicho uno de nuestros sabios, vivimos la muerte de los dioses. El Porqué es la pregunta que, en todos los aspectos, rechaza el entendimiento. ¿Cómo? Eso él lo dirá siempre. Tan pronto como en política el Porqué mata al Cómo, estallan guerras de religión. Amigos míos, no hay en absoluto razón. Decir que este mundo es razón, como hicieron los estoicos, es el origen de toda resignación, es decir, de todo, o casi de todo, el mal posible. Puesto que para un sabio piadoso que se abstenga de hacer el mal, cuántos lo harán porque se dicen que es orden del divino mundo y su invencible voluntad. El mayor peligro, para el político, es creer que hay causas que esperan cuando la nube no deja de llover y la sociedad de perecer. Prudente entendimiento, entendimiento limitado, aconséjanos el valor, conforme al espectáculo de este mar que nada quiere, donde está claro que la misma ola que nos ahogaría nos llevará igualmente. Si nadamos.

¿Hay incluso una ola fuera del entendimiento? Hay mil choques de partículas en danza, removidas, gastadas, golpeadas, sin ningún retroceso ni nuevo comienzo, que forman un caos. Este mundo es un mundo sin leyes, y eso mismo es la ley del mundo. No hay ni dos olas semejantes, ni dos revo-



luciones idénticas. Este sello de la naturaleza no puede ser imitado por la razón. Existir es depender, es ser batido por la ola exterior. No hay, en modo alguno, acontecimiento en el mundo de las ideas, y eso define bien el acontecimiento. Eso define también los límites de la razón. Fluída, pérfida, he ahí la existencia. El hombre lo sabe mejor de lo que parece. Parecemos vivir sobre un conjunto de previsiones realmente ridículas y en las que nadie cree. César no ha previsto los puñales. Y ¿quién, pues, ha previsto el día de su propia muerte? Lo que hace tristes a los hombres es el creer que este destino, que ellos no pueden prever, está empero previsto y es previsible. Ciertamente, la necesidad es de entendimiento, y la ciencia, en el océano del mundo, hace buenas pescas, pero la existencia es bastante fluída para pasar a través de las mallas de la red. Lo cual permite la incertidumbre, el valor, por tanto; los hombres están perdidos si consideran la necesidad del suceso como la necesidad de la suma de los ángulos del triángulo. Lo que ocurre por no saber que el mundo existe. Cada instante nuevo es un milagro, y en seguida deja de serlo para convertirse en un hecho. Consuela esta idea del porvenir. Debes estar tranquilo, corazón mío; hay otra cosa y otra; apresúrate a gozar de esta tristeza, ya que sólo es una arruga en el agua.

Lo posible, aplicado a la existencia, es una idea falsa. En la existencia, lo posible es realmente imposible. No es posible que llueva ahora, puesto que no está lloviendo. Como desquite, lo imposible en la existencia no es de igual naturaleza que lo imposible en el mundo de las ideas. Cuando decimos que era imposible que Ravailac fracasara, nosotros solamente registrábamos un hecho consumado. Y como no hay hecho antes del suceso, la noción de imposible carece de sen-

tido en lo atinente a la existencia futura. En el suceso todo será según las leyes; pero las leyes no explican ni anuncian el suceso, que es la suma de una infinidad de accidentes. El mar danza y el universo se ríe de las previsiones. Como se ve muy bien en economía. La necesidad exterior, objeto y sostén del trabajo, eso es el mundo. El universo es indiferente. Precisamente porque la existencia nada quiere, el hombre perseverante terminará por encontrar un destino en relación con sus pensamientos. Pero ¿dónde está el hombre verdaderamente obstinado? ¿Dónde está, pues, el hombre, sal de la tierra, que jamás se dice a sí mismo que todo está perdido y, todavía menos, que jamás se dice que todo está salvado? Ese hombre sí sabría que el mundo existe. Sin embargo, él no despreciaría el entendimiento. La geometría siempre triunfa. ¿Cómo podría fallar? No es más que una red. Pero nada sustituye a la existencia; nada sustituye a ese balanceo real en el cual las cosas pequeñas y grandes tienen la misma importancia. La nariz de Cleopatra. El grano de arena en la uretra de Cromwell. El hombre, obsesionado por su desgracia o por su ambición, olvida esta inmensa existencia en derredor suyo. Hace suspender su desgracia por encima de él. Y ¿cuándo? En el momento preciso de haber pasado la desgracia, de haberse resuelto la crisis, de haberse hallado con la gran marea la solución a su alrededor. Cierta hombre político interroga a una Europa que él ha formado en su imaginación, espera en vano una respuesta y muere de un resfriado. El secreto más importante de la vida es esperar aquello que no se ha previsto.

No dudar de todo. Dudar de todo no es un pensamiento. ¿Qué es todo? Sino conocer el mundo como apariencia. Saber que esta apariencia nos engaña y no nos engaña. Y—con-

vencido de la indiferencia del mundo—querer. Puesto que la elección es de naturaleza y nosotros estamos embarcados. Quien delibera y decide, ése no importa al mundo. Obrar es otra cosa, ya que todo está empezado y la existencia no espera. El hombre está en el mundo; no tiene por qué hacerse en él un sitio; él está ahí; él nada en él. Ser un cuerpo, tener derecho a chocar, es el principio de la potencia. Cuando se existe, chocar con la existencia es vivir. La existencia no puede nacer de un razonamiento. Sí, el que conociese todas las moléculas y todos los átomos, podría calcular el atentado de Sarajevo. Pero eso no quiere decir nada. La totalidad del mundo no es un pensamiento. Cerrar el mundo es traicionar al entendimiento. El mundo es lo que es en cada instante. El hombre está libre en su puesto, en su posición, en un punto de la cadena de los trabajos humanos, sostenido con provisiones y herramientas, ayudado y ayudando él. Querer no es en modo alguno creer que todo está dicho. Querer es aprovechar su oportunidad. El apasionado continúa deliberando sobre una situación que ya no existe. ¿Cómo salir de ahí? El ha salido y lo ignora. La aventura es la que siempre lleva algo de ventaja a nuestros pensamientos. No le es negada al viejo si él cree en el instante que seguirá, muy nuevo y muy lavado por el vasto universo. El espíritu no puede morir en sí a menos que renuncie. Y el último instante es tan absurdo de pensar como la mayor parte. Tal es la teología de entendimiento.



EL ALMA DE ESPAÑA DESDE LA ETERNIDAD DE SUS PIEDRAS

Por el Dr. W. J. A. VISSER

EN el Monasterio-Palacio de El Escorial, el alma de España queda simbolizada por la unidad de la Iglesia y el Estado, que revela la ingente mole. Si en Versalles el señorial dormitorio, situado a bastante altura, constituye el centro del imponente palacio, edificado sobre una colina, donde la hora de levantarse y acostarse el Rey, con las ceremonias de rigor, determina el ciclo de los días, igual que los momentos de salida y puesta del sol; y si en el Palacio de Schönbrunn la acogida cortés de los invitados en las suntuosas escaleras situadas en el centro del edificio, revela la alegre hospitalidad de sus moradores, en El Escorial, emplazado en un valle cerrado, lo es el Cristo Eucarístico. Quien, recluido en el seno del convento-palacio, ocupa el Trono. Aquí son las plegarias que hasta El le elevan los monjes entonando las salmodias que determinan el comienzo y el fin del día. Todo el poderío queda supeditado a Cristo; también al del

Rey, quien, desde su dormitorio, de una sencillez conmovedora, eleva la mirada hacia el altar mayor de la capilla, donde su Majestad celestial reina en el Misterio.

Este convento-palacio, erigido con granito de perenne duración, impone el arrepentimiento, y así lo comprendió el poderoso Felipe II cuando, en un «memento mori» emocionante, señaló lo perecedero de todo lo terrenal, y cuando, tendido en su lecho mortuario, no se avergonzó de mostrarle a la hija que tan entrañablemente amaba su cuerpo flagelado por la enfermedad, para exhortarla el arrepentimiento.

Tal como por su recóndito emplazamiento El Escorial constituye un mundo en sí, España entera, por su situación geográfica, forma una sola unidad. Igual que el Palacio-Monasterio expresa, por la sobriedad y severidad de sus bien proporcionadas líneas y forma, el concepto que sus moradores tienen de la vida, así el país entero es duro e implacable para con sus habitantes a causa de su sol ardiente, la inclemencia de sus inviernos, la carencia de lluvia y la abrumadora aridez de su suelo. Las maderas procedentes de lo que es hogaño un país carente de bosques, le abrieron para él y para el mundo paso a tesoros y riquezas lejanas e ignotas. Por otra parte, la explotación total de los bosques llevó al país a una situación menos próspera y enseñó al pueblo a cumplir su cometido con dura firmeza y persistencia, arrebatándole la subsistencia al suelo con todas sus fuerzas. Estas condiciones geográficas y climatológicas han culminado en una forma de ser que han engendrado eminentes santos y hombres próceres, afanados por engrandecer al pueblo y a la Patria, haciendo de los españoles seres comedidos y severos para sí mismos y, precisamente por eso, duros y firmes para con los demás cuando se sienten amenazados en sus conceptos cristiano y político de

la vida, como lo testimonian los episodios de la historia y de la cultura hispanas.

La Historia de España, cuyos anales se custodian amorosamente dentro de las sólidas murallas del castillo de Simancas, cautiva por su naturaleza. Abunda en episodios de importancia universal. En España, como confín del mundo, donde el vasto océano se extiende hasta el infinito, las costas orientales ya eran escena de navegantes y de colonizadores cuando el interior del país estaba aún envuelto en la penumbra de la Historia. España se convierte y sigue siendo durante largo tiempo puente de enlace de dos esferas del poder y de la civilización: la oriental y la occidental. A medida que las huestes del conquistador irrumpen en el país por el Sur o por el Norte, ocupándolo total o parcialmente, éste dirige la mirada en las dos direcciones. Primero es conquistado por los cartagineses, que entran en el país por el Sur, y luego son los romanos quienes lo invaden por la frontera septentrional. La civilización oriental alterna con la romana, y el país es romanizado por mucho tiempo. Con la inmigración llegan desde el Norte los visigodos germanos, los cuales, a su vez, son rechazados por los árabes, que invadieron el país por el Estrecho de Gibraltar, conquistándolo por asalto. Con su ciencia y su cultura, los árabes fueron dando al país gran esplendor, erigiendo, cual flores hermosísimas, las magníficas ciudades de hadas: Córdoba, Sevilla, Granada... En las agrestes regiones del Norte, algunos Estados cristianos pequeños (Navarra, León, Asturias y Castilla) hacen frente a los conquistadores, a quienes acosan a su vez, tratando de expulsarlos del territorio. Francia, que también se siente amenazada por los infieles, apoya a aquellos pequeños Estados del Norte de España y envía refuerzos, los cuales se agrupan en torno al

heroico estandarte del Cid Campeador. La Orden de Cluny predica la Cruzada contra los moros, y numerosos nortehos peregrinan a la tierra de Santiago. Esto produce durante largos siglos el choque en estas tierras de dos conceptos en cuanto al mundo, adquiriendo para los españoles la posesión de la fe cristiana, el significado de un bien conquistado por la lucha y el ascetismo. A fines del siglo xv el país se halla por completo en poder de los gloriosos Reyes Católicos, Fernando e Isabel, y las tierras sembradas de castillos: Castilla, Burgos, Valladolid, Salamanca, Segovia y Avila constituyen las perlas de su corona. Lograda la unidad de España, comienza el período glorioso de los Habsburgo y la importancia universal de la nueva dinastía. Ha sido Francia la que en el siglo xvii consiguió empuqueñecer el poderío atenazante de España, pero España, a su vez, logra debilitar la posición de Francia en los tiempos napoleónicos cuando, como piedra angular de la libertad, aquélla da el primer golpe para la rendición final de los países europeos.

España ha desempeñado un papel importante no tan sólo en el campo político, sino también en el orden cultural. Muchas veces se ha pretendido que España está tan influida por corrientes culturales de todo origen, que ya no es posible hablar de una cultura propiamente nacional. No cabe mayor desatino, porque todas las manifestaciones del arte extrañas, las exóticas del Oriente y las sobrias del Occidente, están injertadas en las condiciones geográficas del país y en el carácter de los habitantes que lo pueblan; y así, los artistas de los estilos mudéjar, plateresco y churrigueresco han tallado en numerosas y resplandecientes facetas el brillante que encuentra su aureola en el estilo desornamentado que representa la creación de Herrera: El Escorial.

RECUERDO DE VIEJOS ABOGADOS: ROBERT, LÖEWENFELD, GROSS Y MONGE BERNAL

Por FEDERICO CASTEJÓN

Magistrado del Tribunal Supremo y Catedrático de Derecho Penal

EN el tramonto de la vida, si con mirada desapasionada se contemplan fechas y lugares, hombres y cosas, surge la dulce beatitud del deber cumplido, cuando toda la existencia fué una lucha, con sacrificio propio, para lograr la paz y la victoria de la justicia en defensa de los demás. Por ello, ninguna profesión aventaja a la Abogacía, que tiene todas las excelencias de los caballeros aventureros, sin que falten, como a Don Quijote, vapuleamientos y apedreaduras, a veces de parte de sus mismos protegidos.

De estos caballeros del ideal, cuatro son estudiados aquí, no porque otros muchos no merezcan perdurable recuerdo, sino porque de la actuación de aquéllos, la imprenta ha dejado impercedera huella, y la publicación de lo que, sin llamarse «memorias», es el zumo de su propia vida profesional trasladado al papel, ha llegado a mis manos en estos últimos tiempos.

Se trata de Henri Robert, el antiguo «Batonnier» de los abogados parisinos, autor de «El Abogado», pulcramente traducido por Ibran (1); de Guillermo Löewenfeld, Consejero de Justicia de Alemania, cuyos «Recuerdos de un viaje de un viejo Abogado» se publicaron en mi «Revista de Tribunales de Sevilla» (2); de Federico L. Gross, ex presidente de la Asociación forense del Estado de Nueva York, que ha dado a la imprenta en 1944 (3) el libro «¿Qué es el veredicto?», con uno de cuyos ejemplares me obsequió mi compañero Rodríguez Jurado, como recuerdo de su visita a aquel país, y de José Monge Bernal, mi viejo y querido colega sevillano, que me envía su obra «Justicia, la novela del abogado», prologada por el maestro del foro español Goicoechea, aparecida en octubre de 1947 (4).

Seguirles paso a paso en sus recuerdos, observaciones y consejos, merecería copiar sus obras admirables. La concreción obliga a seleccionar de cada uno de ellos un dato que sirva de muestra del carácter de la obra publicada, que, a su vez, refleja el espíritu del gran hombre que la escribió.

De Robert tomemos, por ejemplo, el primer informe del famoso Berryer, en el marco maravilloso de la Gran Cámara, la nobleza trajeada a la moda de Enrique IV, los cabellos flotantes bajo los sombreros de plumas blancas; todo el Clero de París con el Arzobispo a la cabeza, precedido de la Cruz y el estandarte; el Parlamento de París, de gran gala, con todas las Cámaras reunidas; todos los Pares del Reino, militares, civiles, eclesiásticos; el Canciller junto al sello de Francia, puesto sobre el cojín de terciopelo violeta bordado de doradas flores de lis; por último, en lo más alto, sentado en el ángulo izquierdo, en el fondo de la sala y dominándolo todo, el Rey.

«Era una de esas audiencias matutinas, que se celebraban en invierno a la luz de las velas, en una hora que hoy nos parecería cruelmente temprana, puesto que la audiencia empezaba inmedia-

(1) Madrid. Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús. 1926.

(2) Número 2.255 (1929), pág. 85.

(3) *What is the Verdict?* New-York, Mac Millan, 1944, pág. 45.

(4) Madrid, Gráficas Marsiega.

tamente después de la misa de las seis, celebrada en la Sala de los Pasos perdidos.

La majestad de los jueces, la solemnidad de las circunstancias, la pompa impresionante de la justicia, el silencio religioso con que lo habían escuchado, unido a la emoción de su primer informe, habían sometido los nervios del joven abogado a tan ruda prueba, que apenas terminado su discurso cayó desvanecido.»

De Löewenfeld recordaré una de las confesiones de su artículo titulado «Cómo me hice especialista», en que dice: «Más importante fué un pleito sobre fideicomiso. También lo debo a una pura casualidad, y como ello fué decisivo en mi práctica profesional, lo contaré, con lo que sucedió después, para que sirva de aliento a mis jóvenes colegas. En una casa de comidas de la calle de Leipzig, donde yo acostumbraba ir a almorzar, un comensal vociferó, a mi lado, contra el atraso del derecho prusiano que abocaba a un concurso de acreedores a una familia noble, porque no podía gravar los bienes vinculados para solventar sus obligaciones, y ante el escándalo que se esperaba, debía intervenir el Emperador o el Parlamento. En aquel tiempo yo no entendía nada, absolutamente ni una palabra, de fideicomisos. Sin embargo, me atreví a aventurar que quizá se pudiera nombrar un curador de descendientes, que eventualmente pudiera gravar las rentas de los parientes aún no nacidos. Pero él me deshizo, materialmente, gritando que examinado el caso por las primeras autoridades en la materia lo habían desahuciado. Pocos días después yo quedé altamente sorprendido cuando el apoderado del fiduciario, refiriéndose a mi opinión lanzada en el restaurant, me pidió un informe, y posteriormente me encargó solicitase la designación de curador de descendientes al Juzgado. Mi sorpresa fué en aumento, algunas mañanas después, al aparecerse el Juez, que me confesó que mi escrito lo había puesto en un aprieto, pues si lo rechazaba arruinaba a familia de rancio abolen-go, y si lo admitía se exponía personalmente a una postergación, y quizá a una reducción de sueldo por toda su vida. «¿Está usted seguro de su opinión?», me preguntó. «De ninguna manera—le contesté—, se trata solamente de una idea, y no más. Pero cuento con

una relación en el Ministerio de Justicia y creo que me podré orientar allí.» Acudí al que más adelante fué Subsecretario, Kuntzel. Este opinaba que la ley no había previsto procedimiento a seguir para la contracción de obligaciones por el fideicomiso. Pero si el deshonor amenazaba el buen nombre de una familia, o un expediente de apremio o una administración judicial los bienes de un fideicomiso, y provocándose un concurso se expusiere aquella familia a sufrir privaciones y peligrasen los intereses destinados a los descendientes futuros, había causa suficiente para dotar a estos últimos de una procuración y no existiría dificultad en designarles un curador. La cuestión estribaba en que el curador a nombrar y el juez de tutelas examinasen si la contracción de obligaciones en nombre de los descendientes por venir, redundaba en interés de éstos. A base de este informe se designó curador a los descendientes. Después se buscó un prestamista sobre esta nueva y no experimentada garantía, y tras numerosas tentativas sin fruto, al fin, se halló un Banco propicio a la operación. Así se logró un saneamiento decisivo para la subsistencia de muchas personas de alta alcurnia, que antes de mi intervención se consideraban desahuciadas de antemano. Se hablaba de ello en los círculos interesados como de un milagro. Como consecuencia, otros encopetados señores en decadencia se dirigieron a mí. Por fortuna, tenía yo bastante precaución en elegir los asuntos y rechazaba los que consideraba sin éxito, pero me quedaban algunas cosas buenas y clientes durables.»

De Gross, el gran abogado neoyorquino, recojo en su libro, esmaltado de fino humorismo, uno de los más atrayentes capítulos de dedicado a tratar de *The Legal Rights of a Mule* (Los derechos de una mula ante la ley). Se trata de Jerry, la mula de Stan Wilay, polaco establecido como granjero en Lactville (Nueva York), que asustada por el silbato de la locomotora de un tren de la Compañía ferroviaria del Sur, se lanzó a pasar un puente de la vía, que carecía de piso, y cayó entre las traviesas, causándose desolladuras que curó el veterinario por 30 dólares. Para reclamar estos 30 dólares, el granjero acudió al juez local, Schumacher, que escribió al agente general de reclamaciones de la Compañía ferroviaria, y pasadas tres

semanas, sin que éste contestase, el polaco dispuso «ponerlo por ley». Después de ello, se recibió una carta para que el demandante se dirigiese a los abogados de la Compañía en Nueva York, señores Trumpp, Swift and Hall, que siguieron la norma usual de los letrados de los ferrocarriles de oponerse a toda reclamación. En consecuencia, Wilsy designó al abogado local, Ecker, para que le defendiese en el juicio por jurados reclamando «30 dólares de indemnización por mula perjudicada.» Para ver este «caso» se señaló una tarde de junio, a las siete, en el parque de bomberos, de cuya dependencia más amplia se sacó la única bomba existente, y se preparó con sillas prestadas por el bar-cantina de la población. Citados once vecinos para elegir seis que constituirían el Jurado, el juez nombró a Albert Conklin, Russel Conklin, Elmer Conklin, Thomas Conklin, Matthew Terry y Herbert Terry.

—El jurado es satisfactorio para mí—dijo el abogado local.

—Yo deseo examinar a los jurados—anunció el abogado de la Compañía; y preguntó—: ¿Alguno de ustedes está emparentado o relacionado con mi amigo, el abogado contrario Ecker?

Todos los jurados rieron, y el juez interrumpió:

—Letrado, si usted espera hallar en esta localidad un jurado que no conozca a Wilsy o a su abogado, usted no encontrará nunca jurado. Aquí, consejero, nos conocemos todos unos a otros.

Todos los vecinos habían acudido a la casa de bomberos, y solamente había como extraños el abogado neoyorquino, sus dos pasantes y dos hombres desconocidos.

Ecker pidió como testigos al maquinista y al fogonero del tren, que resultaron ser los dos desconocidos, llevados allí por el abogado de la Compañía, no para declarar, sino para que le informasen, reservadamente, de cómo ocurrió el suceso, en relación con lo que dijese los testigos que presentase el granjero.

Después de esta prueba, habló el abogado del ferrocarril para sostener que las leyes del Estado preveían los accidentes que pudieran sufrir el ganado vacuno y los caballos, ovejas y cerdos, pero no hablaba para nada de gatos, perros o pollos. Y dirigiéndose al jurado les gritó:

—¡Señores: La única posibilidad de un veredicto favorable al demandante es la de que ustedes decidan que el híbrido producto de un asno y una yegua pueda ser clasificada como vaca, caballo, oveja o cerdo. Si ustedes lo hacen así, su decisión será motivo de risa a través de todos los Estados Unidos!—y continuó—: Sí, señores. Se reirán de su decisión en Canadá, en Australia, en Inglaterra y en todas las partes del mundo en donde se sepa esto.

Este argumento produjo gran impresión en los jurados y el abogado del granjero lo advirtió en seguida. Por ello, empezó su informe:

—Señores del jurado, yo he nacido en este pueblo. Yo empecé de zagal en una granja. Yo aprendí muchas cosas en la granja de mi padre. Y nunca se me ocurriría insultar la inteligencia de un jurado como si se tratase de niños de dos años. Durante media hora mi contrario ha hablado a ustedes de postes, traviesas, reglamentos ferroviarios, vacas y cerdos. Pero no ha dicho que la mula no es aquí la demandante, ni que la mula percibirá una indemnización. Porque quien reclama es Wilsy, el amo de «Jerry», y si es verdad que trabaja tan duramente como su mula, a veces lo hace con más fatiga, o doblemente, pues si han de cubrir la misma distancia, la mula mueve cuatro patas y su dueño solamente dos pies; y cuando se cosecha la cebada, un tercio es para la mula, otro tercio para Wilsy, sus siete hijos, sus 120 gallinas, sus 40 patos y sus 10 cerdos, y el otro tercio para tributos e interés al Hipotecario. Si al mismo tiempo necesitan zapatos Wilsy y su mula, es a la mula a quien se le compran. La única ventaja de Wilsy es el día de las elecciones, pues él tiene voto y la mula no. Pero aparte de esto, hay otra diferencia. Y es que cuando la mula muera, todo habrá acabado para ella. Pero para Wilsy es diferente, según lo dice el párroco, y si no fuera por esto, Wilsy habría dado ya una patada a esta vida. Si después de lo dicho, ustedes no conceden una indemnización a Wilsy, yo perderé toda confianza en un juicio de jurados.

Retirados a deliberar los jurados en el puesto de guardia de los bomberos, después que el juez les preguntó si necesitaban más información, volvieron manifestando el deseo de saber si la ley de

ferrocarriles hablaba solamente de vacas, caballos, ovejas y cerdos. El abogado del granjero gritó:

—El asunto está concluído; si no lo han entendido ya, no lo entenderán nunca; lo que hay que hacer es llevar el asunto a nuevo juicio y nuevo jurado.

—Váyase al diablo—exclamó el primer jurado—; nosotros no podemos ser el hazmerreír de todo el mundo.

—Usted no puede hablar así en esta sala de justicia—dijo el juez.

—Hablo como me da la gana—repuso el jurado.

—Use usted un lenguaje decente—replicó el juez.

—No se suba usted a la parra—increpó el jurado.

—Bien por usted, Alberto—gritaron desde el fondo de la sala.

Desde este momento todo fué confusión. Orden, pedía el juez. Yo me voy, decía el maquinista. Estoy aterrado, declaraba el abogado del ferrocarril. Hay que llevar las sillas a la cantina de Kiefer, ordenaba el juez.

A poco, todos estaban en la taberna. El abogado Ecker dijo al pasar junto a su adversario:

—Le invito a una copa—y como dudaba, le aseguró—: Nadie le molestará.

En la cantina no había camareros. Cada uno se servía por sí. Y lo mismo hicieron ambos abogados, que, sentados en una mesa, hablaban a veces sosegadamente y a veces con vehemencia. De repente, el letrado provinciano sacó un papel de su cartera, lo escribió, lo pasó al granjero para que lo firmase, y después lo entregó al letrado neoyorquino, que lo recogió, y de su mano cerrada pasó algo a la mano de su colega. Este llevó otro vaso de cerveza a su compañero y contrincante.

En este momento llegó a la taberna el juez, que dirigiéndose a los abogados les dijo:

—¿Qué significa todo esto? El jurado se fué y no ha vuelto a dar veredicto. ¿Qué clase de asiento pongo yo en mi libro de audiencias?

—Ponga usted que el asunto se ha arreglado—dijo Ecker.

—No—protestó el neoyorquino—, nuestra Compañía nunca cede

en estos casos de reclamaciones pequeñas. Podría usted, en cambio, anotar en su libro que el demandante abandona voluntariamente su acción.

—Conformes—asintió Ecker, dando su estilográfica al Juez de paz.

El autor cierra este cuadro costumbrista del foro aldeano con la magnífica—y humorística (1)—definición del Magistrado Brogden, de la Corte suprema de Carolina del Norte, en el asunto «Rector contra Compañía Carbonera del Sur» (192 N. C. 804, 136 S. E. 113); «Una mula es una criatura melancólica, un *nullius filius* en el reino animal. Se ha dicho que la mula no tiene ni el orgullo de la ascendencia, ni la esperanza de posteridad... El idealista puede soñar en un día en que el mundo sea salvo por la democracia, pero este evento llegará quizá mucho antes de que el mundo pueda considerarse a salvo de las patas de la mula.»

* * *

Cierro esta exposición de obras de Letrados célebres con un libro que me ha invitado a recopilar aquéllas al recordarme viejos tiempos de lucha en el ejercicio de la Abogacía al llegar a mi remanso de paz y trabajo. Es «Justicia. La Novela del Abogado», escrita por el ilustre Letrado de Sevilla, Monge y Bernal, con magnífica carta prólogo de Goicoechea, Decano del Colegio de Madrid, que aunque no se titule estudio biográfico, encierra la vida y la obra de tres grandes maestros del Foro hispalense, don Manuel del Amor Laraña y Fernández, don Ricardo de Checa y Sánchez y el propio autor, que, siendo sesentón muy corrido, se le designa familiarmente por los paisanos con la grata llamada de Pepe Monge.

No sé hacer un elogio de la obra de este mi gran amigo. Sólo sé decir que la transmito a mi hijo, el único Abogado que tengo, pues de los cinco que Dios me ha dado ninguno más que él sigue en el Foro las huellas que trazaron su abuelo y su tío abuelo y las mías,

(1) Taft: *Curiosidades legales. Aspectos de la vida judicial de los Estados Unidos*. Buenos Aires, 1944.

con el encargo de que, como en libro de oro, consulte los frecuentes y difíciles momentos de la vida profesional y siga las normas que él le marque, pues encierra en sus páginas las enseñanzas de un siglo de Abogacía, ejercicio del noble oficio de defender a los demás, con sacrificio propio la mayoría de las veces.

Monge y Bernal dedica su obra a los jóvenes Letrados, y discrepando del dicho de Vázquez de Mella de «no haber abogado por amor a la Justicia», les dice que ésta tiene sus sacerdotes, que son ellos, y hace su testamento profesional.

Pinta el desarrollo de la vida de un joven jurista que en 1898 sale licenciado de la Universidad de la (a pesar de los pesares) capital espiritual de España (léase Sevilla), con la incompleta formación del defectuoso plan pedagógico, y un gran maestro, en el que claramente se trasluce el eximio civilista don Manuel Laraña y Fernández, le orienta y aconseja en sus primeros pasos. A él y al insigne mercantilista, don Ricardo de Checa, dedica su libro. De este modo la obra recoge más de medio siglo de experiencia del maestro y los cuarenta y ocho años de ejercicio profesional de Monge y Bernal.

Muchas máximas del maestro esmaltan sus páginas, así como otras tantas agudas observaciones del discípulo. Del primero, son las de que en la Abogacía el que es «corcho» (torpe, vago, arri-vista), no flota; hay que evitar dar la razón al primero que consulta; es preciso pensar siempre: primero, en el asunto; después, en el cliente, y, por último, en la minuta; nunca improvisar; leer todo documento primero de una vez y por entero, y después despacio, otra vez, meditadamente; jamás tener prisa en el estudio; no fiar a la memoria los preceptos legales, sino leer los que se consideren aplicables; pensar siempre en la posición y en el supuesto derecho de la parte contraria; poseer ciencia jurídica y sobre ella probidad y conducta intachable; entre lo lícito y lo honesto, debe prevalecer lo honesto; ser breves, pues toda demanda que tenga más de un pliego debe ser desestimada y las palabras, en Derecho, como en los telegramas, cuestan dinero; son admisibles todas las defensas en lo criminal, siempre que se defienda al inocente como

inocente y al culpable como culpable; los pleitos son aceptables cuando no encubren una inmoralidad o una injusticia; permitir que se recomiende un asunto significa desconfianza en la justicia y también en el abogado; no confundir nunca el cliente y la justicia; la carrera de Abogado es incompatible con todo lo que ponga en peligro la dignidad o la conciencia; y otras muchas semejantes a las anteriores máximas.

Del discípulo son encendidos elogios a la competencia, rectitud y austeridad de los jueces, a la jurisprudencia, fuente luminosa del Derecho en lo que tiene de doctrina y de caso (en relación a los hechos), al arbitrio judicial y a las calidades de prudencia, moralidad y secreto que deben resplandecer en el Abogado, pues todo problema jurídico tiene en su fondo un problema moral, lo que obliga, a la vez, a ser un profesor de energía y un consumado psicólogo.

Dios, Justicia y sana mundología son el substratum de la obra, pues a las arraigadas creencias del autor y a su amor por la justicia se unen los años vividos en continuo, y muchas veces cruel, contacto con la realidad, que le hacen poner en boca de su protagonista, cuando ha vencido en la liza, estas palabras: «Había roto la dura cerrazón del anonimato...» En esta su larga experiencia se condensa lo más útil para la juventud, pues lo que no enseñan los libros, ni lo que disponen las leyes, esto es: dificultades, ventajas, escollos a evitar y peligros a prevenir en numerosas materias, se halla en sus páginas. Así los delitos pasionales, sociales, artificiales (tributarios y análogos), la pena de muerte, la querrela, la estafa, en lo criminal, y la quiebra, el divorcio y, en general, la demanda en lo civil, son estudiados desde el punto de vista del abogado práctico, con relieves y facetas en cuanto a la conducta a seguir de que son muestra los siguientes: «El momento de decisión para formular una demanda es siempre una actuación difícil en nuestra carrera, por las dificultades que encierra plantear una cuestión y tratar de conseguir un triunfo. De la demanda depende el pleito. En buena norma procesal, es preferible ser demandado a demandar, pues al plantear una cuestión cualquiera, se ha de tener táctica en



la iniciación y estrategia en el trámite, porque el pleito, como toda lucha, discurre entre un principio combativo y una resistencia for-
cejeada, de ruda oposición, y a veces con escollos formidables.»

No falta en la obra de Monge y Bernal una delicada novela sentimental, injerta en la vida del protagonista; ni escasean dichos y hechos, la mayoría vividos, que revelan el gracejo andaluz de jueces, letrados y litigantes.

Pero su más alto mérito, que lo dará permanencia, es el aleccionamiento de la juventud, con un siglo de práctica forense de dos abogados cumbres de su profesión.



TRES NOVELIS- TAS INGLESA S

P o r C E L I A B E R T I N

Es un hecho bastante curioso que en Francia, cuando se pronuncian las palabras «novela inglesa», es la imagen de una mujer la que se evoca en la mente. Nos hemos acostumbrado, de *Cumbres borrascosas* a *Elma*, del *Molino sobre el Floss* a *Olas*, a que los autores de novelas inglesas sean autoras. Pero las novelas que acabo de mencionar son muy diferentes entre sí, y ¿hay en el hecho de que todas han sido escritas por mujeres una simple coincidencia o un problema que conviene resolver?

Ya he oído que se han dado muchas aclaraciones a este particular. Algunas de ellas por inglesas feministas. Otras, por franceses más o menos cartesianos. Las feministas aducían la falta de satisfacción íntima de las mujeres inglesas, que, en realidad, no tienen un lugar propio en la sociedad.

—La francesa —afirmaban estas antiguas «sufragistas»—

tienen siempre su misión. No ha necesitado, como nosotras, el derecho de votar para ejercer una influencia. En la casa es ella la que administra el dinero, mientras que las inglesas ignoran, generalmente, lo que sus maridos ganan. En Francia, cuando un hombre público emprende alguna cosa, se puede con seguridad señalar la inspiradora de su actuación. La mujer francesa es partícipe en la vida social del hombre, mientras que a nosotras se nos mantiene alejadas. Ni siquiera se deja que nos encarguemos de la educación de nuestros hijos. Entonces, nos evadimos.

—¡Y qué mejor medio de evasión para la mujer que escribir novelas! —replica nuestro francés cartesiano.

Respuesta matizada de ironía, pues ¿para qué sirve al cartesiano esa prosa cuyo fin no es expresar ideas?

Sin embargo, cuán lejos de la realidad se encuentran estas consideraciones generales por lo que se refiere a tres novelistas que conocí en Londres: Ivi Compton-Burnett, Elizabeth Bowen y Rosamond Lehmann. Cada una lleva dentro de sí un universo absolutamente distinto, pero las tres pertenecen a la «Orden de los Artistas», como le gustaba decir a Katherine Mansfield, y han elegido un medio de expresión que sigue siendo ahora, como en tiempo de Henry James, «la más independiente, la más elástica, la más prodigiosa de todas las formas literarias».

¿Qué hay, pues, de extraño? ¿No se tiene la sensación en todas partes en Inglaterra de vivir en un ambiente novelesco? ¿En las líneas sinuosas de los parques, en el misterio de las calles de Londres sin terrazas de café, en las tabernas bonachonas con sus puertas siempre entreabiertas? En las calles, en las que uno se pierde porque todas se parecen tan-

to, con sus pequeñas escalinatas, sus fachadas victorianas.

Este ambiente novelesco lo encontraréis también en la forma que los ingleses emplean para contar cualquier anécdota. Proceden por elipsis, por toques ligeros. Matizan con humor cada detalle de la vida y allí podríamos ir en busca de la comprobación de lo que Marcel Thiébaud ha dicho en un artículo publicado en esta misma revista: la literatura no es únicamente esa «toma de consciencia» social a la que Sartre pretende reducirla.

* * *

Una de las tres novelistas de las que pienso hablar —Ivi Compton-Burnett— tiene una estética que es muy distinta de la de las otras y muy diferente, por cierto, de lo que estamos acostumbrados a considerar como la novela inglesa. Si se le quiere dar unos antecedentes o un marco donde encuadrarla, ¿con qué o con quién hay que relacionarla? Quizá con Jane Austen. Pero también, y sobre todo, con el teatro isabelino. ¡Qué contradicción aparente!

El director del suplemento literario del *Times*. Alan Price-Jones, me ha preguntado:

—¿Conoce usted a Miss Burnett? ¿Ha leído *Elders and Betters*?

Hemos hablado de sus otros libros, cuyos títulos tienen un extraño parecido entre sí: *Hijas e hijos, Padres e hijos, Más mujeres que hombres, Hermanos y hermanas*. Yo he traducido estos títulos, pues no se ha publicado en Francia ninguna obra de Ivi Compton-Burnett. Se van a publicar ahora, y estoy segura de que, lo mismo que el público inglés, sabremos reconocer los méritos de estas obras estructuradas, acer-


tadamente logradas y que entrañan una crueldad tan grande, una pasión de un fulgor glacial.

Fuí, pues, a visitar a Miss Compton-Burnett en Cornwall Gardens. Fachadas grises, rígidas. Escalinatas con columnas, el verdadero tipo de «square» londinense, vagamente ceremonioso, recatado.

En el fondo de Cornwall Gardens, con su parca verdura, las casas se aprietan y en una de ellas, dividida en pisos, me encuentro en casa de la novelista. Un gran piso, más bien sombrío, amueblado con austeridad; un poco pobre, un poco frío. El marco que uno se representaría para esta mujer que no describe nada de los lugares ni de los seres. A sus personajes se les sorprende o adivina a través de sus conversaciones, que tienen lugar en el tiempo ido de una ciudad indeterminada.

Miss Compton-Burnett entra, pálida, vestida de negro, con un peinado compuesto alrededor de una cinta de terciopelo que le coge la cabeza y, muy bajos sobre la frente, unos cabellos ni rubios ni grises. Largos pendientes. Las facciones son finas y los ojos extraordinarios; evitan mirar y, de repente, lanzan una llama.

El té está servido, generosamente servido con pan negro, pastas, queso blanco y berros y rábanos. Servicio que Miss Austen seguramente no hubiese rechazado; pero la señora de esta casa le da a todo un aire que no tiene nada de austriaco. Lo mismo que en sus novelas. Todas sus criaturas pertenecen a un ambiente que no deja de estar en relación con el de Jane Austen. Pero ¿qué diría ésta de la violencia de sus sentimientos? Henry Red ha podido escribir esto: «Comparado con las novelas de Miss Compton-Burnett, el existencialismo parece el canto alegre de un grupo de exploradores.»



Esta mujer estuvo mucho tiempo en espera del éxito. Quizá antes de la guerra nadie se atreviera a gustar de su arte corrosivo. En la actualidad representa para algunos «el escritor de este siglo»; y, sin embargo, si revenimos a la discusión que todavía parece interesarnos aquí en Francia, ¿a qué se dedican estos personajes que sólo preocupan por sus intereses y sus pasiones, estos seres que se odian y se devoran con una ferocidad que llega hasta el crimen y que sólo tienen parigual en los isabelinos ingleses? Eso es todo y no hay nada más. El mundo es así para Ivi Compton-Burnett. No busquéis en ella el castigo de los malos y la última recompensa de los oprimidos. La gente se desgarrar, gozosa, se despoja, se mata en el seno de la familia. Luego, como en las novelas de Jane Austen, como en la vida misma, se viste con esmero y decoro, toma el té y en el salón habla de otra cosa.

Admiro la vajilla blanca, la naturaleza muerta sobre la mesa y el alumbrado, muy al estilo de una pintura flamenca. Ivi Compton-Burnett manda cortar más rebanadas de pan blanco y se hace unos pequeños emparedados rellenos de berros frescos. Unas piedras oscuras se agitan levemente en sus orejas, pero su brillo sombrío es menos deslumbrante que la mirada penetrante que acompaña a toda contestación.

Quisiera hablarle de su arte. Pero la conversación se desvía otra vez: la guerra, la casa de enfrente bombardeada, y después del té las altas ventanas de la habitación que nos acoge se abren sobre un lugar desierto, sobre uno de aquellos grandes huecos que se presentan inesperadamente en pleno Londres: «Ahí estaba la casa de enfrente...»

La habitación es un gran salón gris, que me recuerda vagamente ciertos interiores de Balthus. Nos sentamos cerca de

la chimenea blanca. Advierto una mesa de escritorio pequeñísima, que imagino puede convenir muy bien a la novelista, y hablando de la mesa pequeña hablamos de la próxima novela. Una novela que saldrá pronto y que, como las anteriores, tendrá «una acción muy concisa».

—No es posible que no haya acción en lo que yo escribo —dice—. La acción la comparo a los huesos que sostienen las carnes.

Reprime la impetuosidad de sus gestos. Se tiene constantemente la impresión de una lucidez penetrante, sensible en cada expresión de su rostro tan móvil. Se interesa por los individuos sin relacionarlos con los problemas de la época, y aun cuando su conocimiento de las literaturas clásicas le ha impedido tener tiempo para perfeccionar suficientemente el francés, procura estar al corriente. El estilo de Colette le ha gustado siempre, lo mismo que los ambientes que describe; pero se pregunta bruscamente si las familias francesas no están más unidas que las inglesas.

—Pero ¿qué es lo que impide que sus miembros se dispensen por los cuatro costados del mundo? ¿Su cariño mutuo? ¿Existe entre vosotros un cariño verdadero, profundo?

El trato entre padres e hijos, entre hermanos y hermanas le interesa con pasión, según lo demuestran los títulos de sus obras, y la familia constituye un marco en el que la acción se advierte a través de los diálogos. Ha escrito de sí misma:

«Por lo que se refiere a la acción, *ella* no encuentra ninguna ayuda en la vida real. La vida real parece carente de acción. Y ya que *ella* piensa que una acción es útil y casi indispensable, *ella* tiene este otro resentimiento contra la vida. Pero *ella* cree que ocurren cosas extrañas. Los signos

de estas cosas existen, aunque estas cosas no surjan. *Ella* cree que le iría mal a muchos de nosotros si nos encontrásemos frente a una gran tentación y *ella* sospecha que le va mal a algunos de nosotros.»

* * *

Elizabeth Bowen no parece haber sido impresionada únicamente por el hecho de que «a algunos les va mal».

Para ella la vida posee cierta calidad poética y el placer de unos descubrimientos cotidianos que los protagonistas atormentados de Miss Burnett no conocerán jamás. Se amolda a esa vida real que ella pretende volver a crear en su complejidad y, por lo tanto, ¿para qué intentar una acción perturbadora?

Se siente que esta bella mujer, grande y expansiva, de facciones regulares y aspecto generoso, está en contacto profundo y permanente con las cosas. De todo su ser se desprende una impresión de equilibrio y salud. Por lo demás, muy femenina.

He visto varias veces a Elizabeth Bowen. Hemos hablado mucho del arte novelesco y de las técnicas de los novelistas. Creo que continuaremos nuestras conversaciones en Saint-Paul-de-Vence, cuando ella venga, a su vez, cerca del «grupo de los novelistas de Saint-Paul» que hemos evocado en su casa, que da al Regent's Park. Las ventanas son altas, y son las siluetas negras de los árboles las que oscurecen el pequeño salón de la planta baja con sus maderas blancas. Se encienden las lámparas. Los muebles y los objetos reunidos aquí parecen tener mucha importancia para la novelista. Cristalerías y porcelanas. El conjunto es muy inglés. ¿Habrà sido

el parque vecino lo que nos hizo hablar de los «ambientes novelescos»? Hubo una vez una carretera en la campiña inglesa; fué una tarde tempestuosa de julio; una carretera árida, y, de repente, cayendo de un muro aparecido en el borde del camino, una masa de rosas flamantes:

—No paramos el coche, pero tuve tiempo de decir a mi marido: «¡Mira cuántas rosas!».

Sonrió. Recuerdo aquella novela, traducida al francés y precisamente con ese título: *Regarde toutes ces Roses*. He aquí, pues, el ambiente que la creó. El aire gris y sofocante de un día de calor y de tempestad y, de repente, el estallido de unas flores rojas; y nos persiguen el misterio de una casa, la existencia misteriosa de una mujer, de una niña. Recuerdo también aquella novela extraordinaria publicada en francés poco antes de la guerra: *La Maison à Paris*. Esta novela ha debido también brotar de un ambiente, pues cada vez que, en París, me encuentro entre la rue d'Assas y la rue Guynemer, busco «la casa en París» de Elizabeth Bowen, aquella vivienda sin mirada sobre la calle, en cuyos pasillos y escaleras tuvieron lugar tantos acontecimientos de un patetismo casi silencioso.

¿Dice, o no dice: «Soy sensible a los ambientes; es siempre gracias a un ambiente...»?

¡Ah! Que bien lo sé por haberme paseado por sus libros y haber guardado en el fondo de mí misma su vida secreta, la de sus personajes. Que éstos «se muevan» o no, en el sentido que algunos lectores dan a esta palabra, ¿qué importa? Por otra parte, Elizabeth Bowen no está ligada a ninguna teoría del argumento y lo demuestra bien en su último libro, que acaba de salir, *The Heat of the Day*, del que los críticos ingleses coinciden en alabar las cualidades excepcionales.

Esta novela la escribió Elizabeth Bowen durante la guerra. «Se ha dicho que en las novelas de Jane Austen es posible distinguir exactamente el párrafo al final del cual interrumpió el trabajo para tomar una taza de té. ¡Bueno! Creo que en mi libro se podrían señalar los momentos en que, a causa de la guerra, tuve que interrumpirlo yo también.»

Salidas forzosas para el campo y aquella misión en la defensa pasiva, de la que no habla, pero unos amigos me han dicho con qué conciencia y abnegación la desempeñó.

Es también de un ambiente, de aquel ambiente hecho de tensión, de sufrimientos valientemente disimulados, de una actividad tan distinta de ella misma que han nacido personajes como Stella y aquel Roberto que traiciona a su patria no por dinero, sino por odio a su propia clase. Sin duda, porque ella ha querido entender hasta el fondo lo que dista más de ella misma.

Habla de todo esto como con reticencia. Del mismo modo de que habla de su «oficio», de su técnica, y no se puede olvidar nunca otra presencia, que ella evoca con una amistad tan cálida y sensible.

—La primera vez que conocí a Virginia Woolf —dice Elizabeth Bowen— fué en una recepción en un jardín hermoso, en Londres. Yo era entonces joven. Recuerdo que me bajé para recoger un guante gris que se le había caído a Mrs. Woolf. Charlamos largo rato. De nada, de ese guante, y también de helados de frambuesa. Mrs. Woolf me hizo comprender lo difícil que es conseguir un buen helado de frambuesa. Es cuestión del jarabe... Recuerdo aquella conversación como si fuera ayer —prosigue Elizabeth Bowen—. Mrs. Woolf me invitó a ir a verla.

Calla durante un instante y mira el cigarrillo rubio que

se consume entre sus largos dedos planos. Mira también dentro de sí misma la fina silueta vestida de gris que conservó hasta lo último tanta juventud que «cuando corría o se sentaba en el fondo de una butaca parecía una colegial».

Durante la guerra Elizabeth Bowen fué a pasar unos días con Virginia Woolf, en el condado de Sussex, poco antes de que ésta muriera.

—Y había en una puerta de la casa de los Woolf una colgadura de seda vieja bordada que se rajaba. «Tenemos que arreglarla», dijo Virginia. Ella misma la descolgó y extendió en el suelo. Cosimos la seda, sentadas en el suelo, y ¡cuánto nos reímos aquel día! Era capaz de estar muy alegre y decir cosas graciosísimas. Había en ella una vida movediza, tal diversidad, que cuando supimos que había muerto nos fué imposible a todos cuantos la habíamos conocido escribir algo sobre ella. No se la podía «captar», no se dejaba «fijar».

La voz de Elizabeth Bowen se matiza de honda emoción, que trata de disimular declarando:

—En Inglaterra hablamos muy poco de lo que escribimos cuando estamos reunidos entre amigos escritores. Con T. S. Eliot o Stephen Spender nos entretenemos con detalles que nos hacen pasar un buen rato juntos. Nuestras amistades literarias son puramente amistades.

Pero vuelve la emoción, pues me habla de otra desaparecida a la que queremos.

Katherine Mansfield. No la conoció.

«Yo vivía entonces en Irlanda. Empezaba a escribir.»

Irlanda... La recuerdo. No hace más de quince años que Elizabeth Bowen vive en Londres. Después de los años de colegio en Inglaterra, volvió a Irlanda, «tentada por la pintura —me dice—, pero incapaz de pintar». Y, de repente,

hablamos de Proust, porque fué Proust quien determinó su vocación de escribir en prosa. ¡Ah, cuántas veces se me ha hablado de Proust en Londres, en Oxford, en Cambridge! ¡Qué viva queda la lectura de Proust en escritores, en estudiantes, en autores de novelas! La influencia de Proust parece estar aún en aumento en Inglaterra. No se trata, claro está, de una imitación. Una influencia muchísimo más profunda, que guía la marcha de un escritor.

—No es a él a quien he imitado —dice Elizabeth Bowen—. Pero como el niño empieza a hablar imitando, un joven escritor empieza imitando también. Al principio he imitado...

Afirma que en sus primeras obras se halló sometida a influencias sucesivas que se reconocen fácilmente. Especialmente la influencia de Conrad, cuyos libros ha amado y «frecuentado» mucho.

En 1923 salió de Irlanda, se casó, vino a vivir en Inglaterra. Primero, en el campo. Luego, en Londres. Pero como consecuencia de su stirpe irlandesa no logra estar bien del todo en Londres ni en ningún sitio. Hace demasiado tiempo que ha salido de Irlanda para estar aún como en su casa allí, y en Inglaterra se extraña siempre. Ni siquiera se ha acostumbrado a la existencia diaria y reacciona ante los hechos más menudos, que despiertan en ella muchas imágenes y muchos signos.

La verdad es que incluso físicamente parece extraña a Londres. Y la evoco a menudo, vestida de un amplio abrigo a cuadros, entrando en aquel pequeño restaurante de Percy Street que se llamó «La Tour Eiffel» y que ahora se ha convertido en «The White Tower». Restaurante de moda entre escritores, pero en el que ella parece tan aislada en medio

del alboroto como lo estaba en aquella terraza desierta de un café parisino donde ella me contó haber ideado una versión de *The Heat of the Day*.

* * *

Rosamond Lehmann vive cerca de Oxford, pero es en Londres donde se encuentra conmigo, en casa de unos amigos, a la hora del té, que una doncella española trae al mismo tiempo que unas tazas rosas de porcelana transparente. La señora de la casa, que había tocado sus cabellos rubios con un casquete de plumas rutilantes, me dejó, requerida por uno de esos «comités», más tiránicos aún después de la guerra. Aquel día se tenía que fijar los programas de unos conciertos para niños.

En las paredes, cuadros de la época de Wilson. Por todas partes, frágiles chucherías de plata. Un piano de cola. Unas cinerarias de un azul fuerte. Un ligero matiz de exotismo, quizá porque esta ama de casa ha vivido muchos años en América y los países meridionales. No había visto nunca a Rosamond Lehmann. Me asombré cuando entró esta mujer, joven y alta, en traje sastre gris, sin sombrero, sus cabellos admirables, de un blanco matizado de azul y en ondas cortas. Hay en ella una especie de dulzura grave y apacible. El corte de los ojos es muy hermoso, y guarda en todo su rostro una gracia que parece la de una adolescente.

Ella también tiene ese pudor tan característico de los escritores ingleses. Escucha. Duda algunas veces antes de empezar a hablar. Habla de otra cosa que de sí misma y de lo que nos interesa directamente. Debe ser capaz de escuchar durante mucho tiempo, como algunas mujeres que se esme-

ran para agradar. Se esmera sobre todo en conocer la vida. Se presiente en ella una sumisión a lo real; es incapaz de dejarse engañar por las apariencias. Cuando habla de París, que conoce mucho y que desde la guerra no logra encontrar alegre y despreocupado, es toda la angustia de mi ciudad ocupada que vuelvo a sentir. Pero su sensibilidad no crea tensión ninguna. Es calmosa y apacible.

—Sé que usted escribe actualmente.

Contesta sencillamente:

—Sí; una novela; la empiezo.

Ignora lo que será. No se atreve a dar explicaciones, por superstición. Sin embargo, conoce ya a dos de los personajes.

Digo:

—Me ha gustado mucho Mrs. Jardine.

—A mí también, y me alegro de que me haya hablado de *La balada y la fuente*. Generalmente, me citan *Polvo*. Me citarán *Polvo* eternamente. ¿No le parece desagradable eso de sentirse unida al recuerdo de una primera novela que una escribió cuando tenía veinte años?

Sí, es desagradable; seguro. Pero ¿para qué detenerse en tal pensamiento? Efectivamente, ella no le da importancia. Es una de esas mujeres que, estoy segura de ello, no se preocupan por lo que se pueda decir de sus obras. No da importancia a las frases.

Para Rosamond Lehmann lo que cuenta en primer lugar son los personajes. Son ellos los que le aparecen antes que nada y los que crean las historias, poco a poco, cuando los tiene amansados. En la novela en la que trabaja actualmente sabe ya que tratará la juventud y la infancia de sus protagonistas indirectamente, por evocaciones. Y, de repende, por-



que hemos llegado a hablar del problema del tiempo, que tanta importancia tiene en el arte moderno de la novela, es, como con Elizabeth Bowen, la misma presencia que se nos impone. Lo mismo que Elizabeth Bowen, Rosamond Lehmann conoció y quiso a Virginia Woolf. Ella también ha estudiado su técnica con esa aplicación metódica de la que una siente que es capaz. Sin embargo, se queja de que trabaja con dificultad. Su casa, en el campo, es grande. Sus hijos le dan mucho quehacer y pensar, aunque los dos están en colegios. Luego, se ocupa también de la casa editorial de su hermano, John Lehmann. Lee los manuscritos ingleses y extranjeros. Ha traducido *Geneviève*, novela de Jacques Lemarchant.

—Nuestro trabajo es lo que la gente, incluso los amigos, suele entender menos —dice.

Sonríe. Esta noche tiene todavía que cambiarse el vestido para ir al teatro. Me dice que, sin embargo, no alterna mucho en la vida de Londres. Sólo lo bastante para estar al tanto.

Es, efectivamente, tal como me la describieron en París, donde todos la conocen gracias a la labor de su traductora, Mme. Jean Talva. Me habla con emoción de Jean Talva, muerta el año pasado, y también con afecto de la querida Simone Ratel. ¡Todas estas muertas, de repente, a nuestro derredor en el gran salón claro! Y quedamos un momento silenciosas. Pero los silencios de Rosamond Lehmann hacen confiar en la vida, y cuando nos deja sentimos esta especie de pequeña pena que uno siente viendo marcharse a los seres sinceros, los que no son prisioneros de un papel.

¿Qué más podría haberle dicho? ¿Es necesario preguntarle si la novela es verdaderamente un arte femenino?

Heme aquí más dispuesta a creer que lo es tras estos tres



encuentros, si pienso en lo que estas novelistas tienen en común y en lo que una novela es para mí.

Los pendientes de Ivi Compton-Burnett, los objetos que Elizabeth Bowen gusta de reunir, los cabellos de Miss Lehmann llegan a ser signos en mi recuerdo. Estas tres novelistas no crean solamente personajes imaginarios. Son ellas mismas criaturas de novelas y sus vidas, sus pasados, sus gustos se mezclan incesantemente con su arte.

CELIA BERTIN.

NOTA.—Ivi Compton-Burnett y Elizabeth Bowen ocupan en Inglaterra un sitio de primer plano, aunque no están muy conocidas fuera.

Ivi Compton-Burnett ha escrito hasta la fecha unas diez novelas, entre ellas *Pastors and Masters*, *A House and its*, *A Family and a Fortune*. Su primera novela, *Dolores*, es de 1913. Su obra posee una gran unidad de tono. Sus historias, que siempre ocurren en lugares y tiempos indeterminados, se desarrollan casi siempre mediante conversaciones. Del diálogo conciso se desprende, generalmente, un drama de familia. Ivi Compton-Burnett posee un sentido extraordinariamente vivaz del mecanismo del mal, el cual pone de manifiesto con una sutileza y una economía de medios asombrosos.

Muy distinta es Elizabeth Bowen, cuya última novela, *The Heat of the Day*, obtiene actualmente un gran éxito en Inglaterra y los Estados Unidos, tanto con el público como con la prensa. Es la novelista de los matices, de la complejidad de la vida, y tiene para con sus personajes un cariño que le viene de los grandes rusos. Se la ha comparado con Henry James y Virginia Woolf. De aquél tiene el sentido de lo suprasensible y del sobrenatural. De ésta, la técnica brillante y nueva que le permite, en sus cuentos como en sus novelas largas, aquellos «traslados de planos», aquel empleo del estilo indirecto en los diálogos, aquella presentación de los personajes que ya no tiene nada de clásico, y una construcción absolutamente rigurosa bajo una fluidez aparente. Ha escrito numerosos cuentos, reunidos en varios tomos, como *The Cat Jumps*, *Joining Charles*, *Look at all those Roses*, y novelas: *The Last September*, *To the North*, *The Death of the Heart*.

VENTANA
AL MUNDO

LA PINTURA DE JERRY FARNSWORTH

Por ERNEST W. WATSON

JERRY Farnsworth goza de mucha estima entre los conocedores y amantes de la buena pintura. Empleo la palabra «buena pintura» en su sentido tradicional, es decir, la pintura que hereda los ideales y la competencia técnica de los antiguos maestros. Se puede colgar un cuadro de Farnsworth junto a cuadros de los maestros de las escuelas italiana, española u holandesa, no para hacer resaltar la influencia de un pintor o de una escuela en particular, sino para que se pueda observar que Farnsworth crea usando el mismo lenguaje pictórico que emplearon esos expertos cuando llevaron el arte de pintar a la más alta cumbre de la realización artística. En su obra se ven los mismos principios de la construcción del cuadro, la misma maestría, el mismo amor a la pintura como pintura. Esto no quiere decir que el arte de Farnsworth no hace más que resucitar o perpetuar lo que se hizo antes o que es de algún modo reaccionario. El cree en la tradición, pero, tratándose de un hombre activo y progresivo,

pinta de una manera que es de su época y moderna en el mejor sentido de la palabra. Corresponde, naturalmente, a la posteridad enjuiciar las realizaciones de Farnsworth, pero la opinión contemporánea le ha colocado entre los mejores pintores americanos de retratos y figuras.

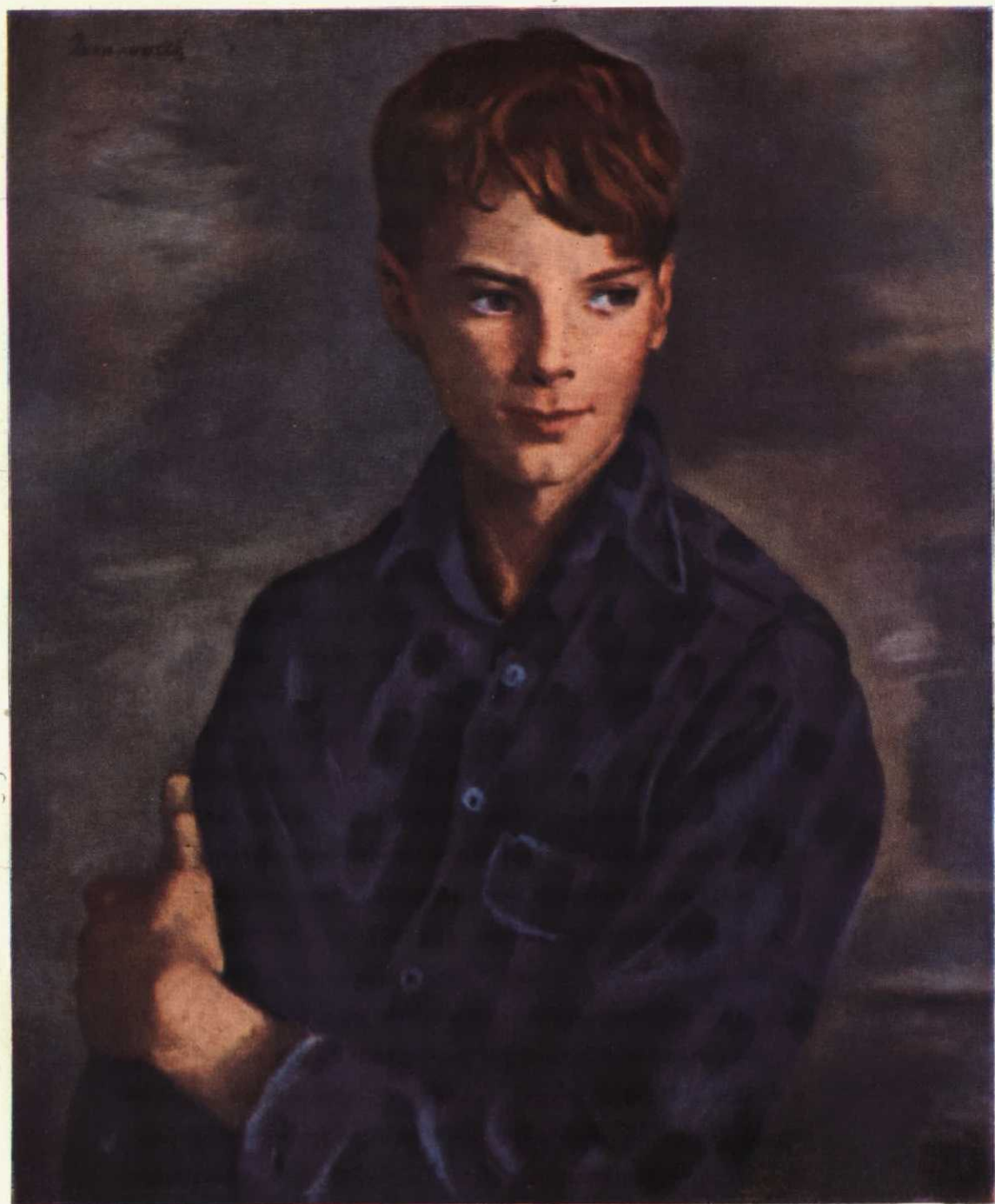
La pintura contemporánea, en muchos casos, ha renegado en la práctica de los principios de la composición de cuadros que eran universales antes de la invasión de los «ismos». Ha lanzado por la borda todo lo pasado, lo bueno con lo malo, y no ha tomado en consideración ninguno de los criterios establecidos. Se ha dejado llevar, en gran medida, por las influencias extranjeras, muchas de las cuales son el evangelio de la frustración.

Farnsworth constituye un buen antídoto para tales cosas.

No se ha dejado arrastrar por las corrientes europeas modernas. Ni se ha dejado tentar por lo extravagante ni por lo espectacular. Sus lienzos son serenos y competentes, invariablemente concebidos y ejecutados con buen gusto. Su colorido es rico y sutil.

Reproducimos en estas páginas un retrato pintado por Farnsworth el verano pasado en Truro. Durante las distintas etapas de la pintura un fotógrafo fijó en sus placas el progreso y desarrollo del cuadro. Ello da una buena idea del procedimiento seguido por el artista al pintar un retrato. No se muestra el esbozo al carbón que precede a la labor del pincelado.

Los siguientes extractos del libro de Farnsworth *Painting with Jerry Farnsworth* (pintado con Jerry Farnsworth) (Watson-Guptill Publications, Inc., 345, Hudson Street, Nueva York 14, N. Y.) brindan muchas indicaciones valiosas a los pintores noveles.



JERRY FARNSWORTH.—«Mi hermano Esteban»

«La cabeza en un retrato debe ser casi del tamaño natural, aproximadamente un cuarto de pulgada más pequeña. La cabeza normal tiene aproximadamente 8 3/4 pulgadas desde la extremidad inferior de la barbilla hasta la parte superior del cráneo. Los principiantes empiezan casi siempre haciendo la cabeza demasiado grande. Aun cuando se empieza en tamaño normal, a medida que se pinta la cabeza comienza a crecer.

»Ninguna parte de la cara es motivo de tantos fracasos como las facciones. Es importantísimo no estructurar la cabeza basándose en un conjunto de facciones, sino que, al contrario, se debe dibujar la cabeza en color, evitando al principio los rasgos. Pinte tal como un escultor modela, sintiendo la estructura, o sea los contornos musculares, el perfil del tono de la piel contra el cabello y el fondo.

»Para estimular a que el novel pueda concebir una cabeza como un trozo de color, como en un bodegón, es siempre una buena idea hacerle pintar la cabeza más o menos empezando desde atrás, incluyendo sólo una parte de la mejilla y posiblemente un trozo de la nariz..., postura llamada «perfil perdido». Esto le obliga a hacer una cara sin facciones, concretando su atención totalmente en un amplio diseño claro y oscuro y viendo el gran contraste entre la piel a la luz y a la sombra.

»El modelo debe estar colocado en buena luz, con distribución adecuada de luz y sombra. Lo más importante al principio es fijarse en el amplio área de piel en la luz y el diseño de la piel en la sombra. Esta es la estructura básica de las notas de color.

»Al estudiante le resulta con frecuencia difícil decidir lo que es sombra y lo que no lo es. Este un problema corriente ;

basta con recordar que *una sombra debe ser causada por algo* —la nariz, la barbilla, la mejilla—. Si la luz da en el lado de la cara que está en claro y no hay nada en este lado que pueda producir una sombra, no puede haber sombra. Lo que parece una sombra es una *media luz*. Es más oscura que la luz más clara en la cara, pero pertenece al lado claro y no al lado de la sombra. No deje nunca, bajo ningún pretexto, que la media luz se mezcle con el lado oscuro; siempre pertenece al lado claro, nunca al oscuro.

»Las luces reflejadas dentro de la sombra deben atenuarse y no pintarse nunca tan claras como lo parecen, ni mucho menos. Una luz reflejada demasiado fuerte estropeará sus sombras y producirá confusión a la vista.

»Una vez se hayan establecido las grandes áreas de claro y oscuro de la piel y de la cabellera, empiece a pintar la frente...; siga hacia abajo por la cara, modelando lo que ve en las cejas y las cuencas de los ojos. Pinte la piel incluso en el lugar donde está el ojo, sin considerar al propio ojo; luego, la sombra simple a lo largo de la nariz. Después, la estructura muscular alrededor de la boca, pero siempre resistiendo la tentación de pintar el rojo de la misma.

»Piense en la nariz como parte de la piel de las mejillas estirada fuera de la cara. La nariz pertenece a las mejillas y debe pintarse en relación con las zonas a ambos lados.

»Encontrar el color exacto del iris de los ojos y pintarlos ambos al mismo tiempo. Luego, la línea oscura de las pestañas y el modelado del pliegue del párpado superior. Después, el blanco de los ojos, en su matiz exacto inferior al blanco auténtico. Pintar la pupila oscura y luego los claros. Algunos pintores omiten totalmente los claros de los ojos —yo suelo

hacerlo a menudo—. Es un error corriente hacer los claros demasiado grandes y demasiado blancos.

»Esfuércese en mirar toda la cabeza mientras pinte la boca. Si concentra la atención sólo en la boca, la hará demasiado dura y posiblemente demasiado oscura. No olvide que al hablar con una persona y mirarla usted sólo le mira los ojos y sólo tiene consciencia de la boca. Nunca fije la mirada en la boca de nadie. Es en este detalle que el pintor aventaja a la máquina fotográfica, que ve todas las partes de la cara como igualmente importantes.

»Atenúe los claros de un retrato. No hay nada peor que unos claros que resaltan por todas partes de la cara. Es un defecto usual el hacer los claros demasiado yesosos.

* * *

»Creo firmemente en la conveniencia de raspar a medida que se pinta. No una, sino muchas veces. El quitar con una espátula la pintura superflua que se acumula inevitablemente en distintas etapas de la obra hace la superficie más fácil de pintar y simplifica el cuadro y casi siempre lo mejora. Yo raspo varias veces durante la primera sesión y siempre lo hago antes de terminar la labor del día. No se pierde nada de este modo de lo que vale la pena conservar; antes, por el contrario, hace posible estructurar la pintura en los lugares donde debe estar más consistente.

»En la segunda sesión las partes oscuras se encuentran bastante secas y es necesario devolverles su profundidad y sus matices vivos primitivos. Sería inútil trabajar en un cuadro en esta etapa sin echarle primero un poco de barniz de retocar con un pulverizador de boca. Unos cuantos soplos ligeros

bastan para restaurar el color primitivo y se puede trabajar inmediatamente en el lienzo sin esperar a que se seque.»

Farnsworth nació en Dalton, estado de Georgia, en 1895. Sus primeros años discurrieron entre Georgia y Nueva Orleáns. La familia se trasladó a Nueva York cuando él tenía dieciséis años. Al principio de la Guerra Mundial I, Farnsworth se alistó en la Marina y estuvo destinado en Washington durante dos años, pudiendo asistir a clases nocturnas en el «Corcoran School». Después de la guerra estudió con Charles W. Hawthorne en Provincetown (Massachussetts), donde conoció a su mujer, Helen Sawyer.

Farnsworth ha enseñado en la «Art Students League» y la «Grand Central School of Art». En 1942 y 1943 fué profesor de Arte externo en Carnegie y artista-residente de la Universidad de Illinois. En 1943 fundó la «Farnsworth Art School», en Truro (Cape Cod), y, más adelante, habiéndose construído una casa de invierno en Sarasota (Florida), abrió una escuela allí. El año pasado construyó un edificio nuevo, moderno, y especialmente equipado, en Sarasota. Tanto Jerry como Helen enseñan en sus escuelas de verano y de invierno.

Apenas existe Museo de alguna importancia que no tenga un retrato o una figura pintado por Farnsworth, y se le han encargado numerosos trabajos de publicidad.



EL TEATRO FRANCÉS EN EL AÑO 1949

Por THIERRY MAULNIER

Lo que las últimas semanas del año 1949 se han llevado del teatro cuenta más que lo que le han aportado. Carlos Dullín sobrevivió poco tiempo a Santiago Copeau. Jorge Pitoeff fué quien murió primero, en el momento de alzarse el telón sobre un drama más cruento que los de Shakespeare. Baty, menos «hombre de teatro» —no se puede ser hombre de teatro si antes no se es actor—, ha vuelto a las marionetas con una especie de alivio; jamás estuvo muy satisfecho de verse obligado a tener presente el texto y los intérpretes. De aquella brillante escuela en la que Copeau fué primer maestro, de aquel movimiento de rebeldía contra el realismo de Antoine, movimiento que impuso su estilo al arte dramático francés del último cuarto de siglo, sólo queda Juvet. Juvet y algunos directores de escena más jóvenes, de los cuales varios ya se han impuesto y otros están en camino de hacerlo: Juan Luis Barrault y Juan Vilar, ambos discípulos de Dullín.

Dullín fué un gran actor, que para quienes le han visto en *El avaro*, en *El Rey Lehar*, en *El Archipiélago Lenoir* será siempre inolvidable. Fué un gran director de escena: la animación, la vida, el realismo, los elementos complejos de interés que él lograba aflorar en una obra tan aburrida, rígida y desagradable como *Cinna* merecían una admiración sin reservas. Fué un gran profesor de arte dramático. Fué, realmente, en todos los sentidos, un gran servidor del teatro, con un ardor para el trabajo, un desinterés, una abnegación, un fanatismo sin límites. En aras del teatro era capaz de la astucia —no obstante su ingenuidad—, de la avaricia —él, que despreciaba el dinero—, de la crueldad —pese a su bondad— (en ciertos momentos un director de escena ha de ser implacable). Lástima que haya tenido, hace cinco o seis años, la imprudencia de dejar el «Atelier», ese encantador teatro cuya exigüidad, cuya pobreza ascética, cuya poesía iban bien con su genio. Al final de su vida no contaba en París ni siquiera con una sala, y no por gloria nuestra. (Y esto no dice mucho en nuestro favor.)

* * *

Marcel Achard se encuentra entre el reducido número de esos escritores de teatro que firmaron con el éxito un pacto duradero. Casi veinte años ha ya se hallaba en el repertorio de Juvet, el autor de más ingresos; hoy figura con Anouilh y Salacrou, y, quizá con más firmeza que ellos, entre los privilegiados que llegan a la «trescientas» en cada una de sus obras nuevas. De la nueva generación, sólo Andrés Roussín, con un estilo bastante parecido al suyo, vino a disputarle su público. Pero hay sitio para dos. Un tipo determinado de comedia ligera, equidistante de la amargura y de la fantasía,

con una inverosimilitud algo loca y con realismo burgués, con sentimentalismo e ironía, un arte determinado, absolutamente «moderno», llegando a la originalidad a través de lo convencional, constituyen para el gran público —para la mejor parte del gran público— la forma más solicitada del espectáculo teatral.

La señorita de pequeña virtud fué menos celebrada por la crítica que *Después de mi rubia* o que *Iremos a Valparaíso*. Sólo encuentro como verdadera razón para esta diferencia de trato que los críticos son llevados a veces, por miedo a repetirse, a actitudes de severidad algo gratuitas para con sus favoritos. En realidad, los elementos de *La señorita de pequeña virtud* están tan ingeniosamente combinados para divertir como aquellos de las comedias anteriores, y el reproche que con más frecuencia se hace a su autor —el no haber sabido escoger entre la risa y la emoción— me parece injustificado del todo, puesto que precisamente Marcel Achard se ha esforzado por presentarnos la risa (discreta) y la emoción (discreta) unidas en una trama inextricable. Tratar al estilo de «vodevil» un tema que, en principio, es dramático, puesto que implica la muerte de una persona, puede ciertamente parecernos un juego gratuito. Pero hemos visto, desde hace veinte o treinta años, muchos otros juegos, también gratuitos, en el teatro, y el de Marcel Achard es menos gratuito de lo que parece, puesto que su finalidad ha sido precisamente mostrarnos un «alma pequeña», un alma incapaz de elevarse a la dignidad trágica, una de esas almas que, por su manera de comportarse en la vida, hace descender inmediatamente al plano del «vodevil» los hechos más respetables. Confieso haber seguido con placer las aventuras de Amanda, mujer ligera, responsable involuntaria de la muerte de un amante que

toma su amor demasiado en serio, acomodándose a su viudez ilegítima con un dolor excesivo, que es también una forma de coquetería y un recurso del egocentrismo, haciendo votos de castidad perpetua y cayendo a la primera ocasión en los brazos del hermano gemelo del muerto. Diversos comparsas —que el autor no nos pide tomemos demasiado en serio, y que con mucha frecuencia son únicamente fantoches de repertorio— vienen a interpretar de manera galante su papel en esta aventura galante, y a través de la comedia corre una sátira de ese amor que, sin ser tan vehemente como el de Anouilh en *Ardèle*, roza a veces la amargura. Como se sitúa la acción en el barrio francés de La Nueva Orleáns hacia el 1890, tenemos derecho a cierto color exótico y a las interioridades vertiginosas de las damas, envolviendo toda la aventura en una gracia enternecedora.

Estimo que Francisca Christophe no es la intérprete ideal para Amanda. Francisca Christophe es muy hermosa y muy buena comedianta, pero está hecha para representar grandes damas y burguesas distinguidas, y ha de evocar para nosotros una dama galante del barrio de las cortesanas en una ciudad criolla, con un lenguaje bastante picante, una feminidad de estilo provocativo, maneras muy directas y un encanto canalla. Interpreta su papel con inteligencia y humor, pero lo interpreta superficialmente.

* * *

La reposición de *El hombre de alegría*, de Pablo Geráldy y Spitzer, nos ha dado la oportunidad de ver o volver a ver una comedia de «bulevar» muy hábilmente concebida, pero que ofrece algunas angulosidades. El personaje de este «hom-

bre de alegría», de este joven y simpático seductor profesional que vive de las mujeres y a quien no se le resiste ninguna, no es, sin embargo, ni más falso ni más real hoy que en el período intermedio de las dos guerras. No es una pintura de caracteres ni un estudio de costumbres: es un «personaje de comedia», con la parte de convencionalismo que eso implica, tan bueno para nuestros tiempos como para cualesquiera otros. En esta obra nos desagrade un no sé qué de algo pesado, de algo mecánico, de algo reiterativo en los éxitos sucesivos del joven varón bien formado que acaba por sentir un amor verdadero y salvar la amenazada paz de un hogar.

* * *

El teatro de los Mathurins (de los Marineros) ha montado la primera obra de Roger Vailland, *Eloísa y Abelardo*, que ha sido acogida con manifestaciones diversas. El efecto de sorpresa, admirativo en unos, de escándalo en otros, que esta obra ha causado debe constituir por sí un motivo de asombro si se piensa que la obra de Roger Vailland se había editado como obra de lectura, hace quizá un año. El libro debe ser una tribuna de menos resonancia que la escena.

Roger Vailland es un escritor inteligente, que pone en la defensa de sus actitudes políticas una dura violencia y una pasión fría bastante notables. (Se sabe, o no se sabe, que es de los que han llegado al comunismo militante por los caminos de la revuelta surrealista.)

Me parece que la historia de Eloísa y Abelardo sedujo a Roger Vailland, autor dramático, por dos de sus aspectos: esta aventura amorosa de trágico desenlace encerraba la reivindicación de la dicha individual por una pareja rebelde y

perseguida, frente a la tiranía social y religiosa (y esto con más motivo, ya que Abelardo puede pasar por haber sido, filosófica e incluso políticamente hablando, un «progresista»). Por otra parte, es cierto que el castigo que sufre Abelardo por causa del tío de su amada constituye una de esas desgracias que despiertan en el espectador —con razón o sin ella, probablemente sin ella— cierta compasión un tanto irónica. Se reconoce que no hay por qué reírse, pero se sienten deseos de hacerlo. Escribir una especie de tragedia sobre tal tema era, pues, una empresa —una empresa que ha intentado Roger Vailland—. En este punto, preciso es dar por ganada la partida, aunque él no osara hacer aparecer nuevamente a Abelardo en escena después de su mutilación. La situación del tercer acto, con la aparición de Eloísa, viuda de un marido que vive, frente al tío Fulbert, es dramática y emocionante.

Pero estropea rápidamente la obra un gran alegato de Eloísa contra la religión cristiana en general y las catedrales en particular, que resulta absolutamente inverosímil en labios de este personaje y en la situación de este personaje. Es el autor mismo, es Roger Vailland mismo, quien viene, invisible, a apartar a su Eloísa y a dirigirse a los espectadores como desde una tribuna. Como es natural, Roger Vailland tiene derecho a considerar que las catedrales son espantosas e incluso a pensar que fueron edificadas por el miedo y que atestiguan este miedo (aunque sea una crítica mordaz en boca de un comunista). Pero lo que Roger Vailland, autor dramático, no tiene derecho a hacer es expresar algo fuera de los recursos dramáticos, saliéndose de los límites de su propia obra para colocarnos un discurso. He de añadir que si este discurso está literariamente logrado, los pensamientos de

que se nutre pertenecen a una filosofía antirreligiosa simplista e incluso primaria.

Este error es tanto más de lamentar cuanto que Roger Vailland hubiera podido decirnos lo que quería decir por otros medios: su obra no carece de virtud dramática; algunos de sus personajes —su Fulbert, innoble con una especie de grandeza, ya que persigue una venganza en cierto modo desinteresada; su príncipe de Anjou, bello retrato del privilegiado desenvuelto; generoso, capaz de bellos movimientos, pero incapaz de pensar seriamente en una cosa seria; su Eloísa sobre todo, tirante, violenta, absoluta y, sin embargo, realista, femenina, incluso materialista— presentan una densidad y un relieve dramáticos. Abelardo, por su parte, carece de consistencia y queda como neutralizado ante la letra.

Por eso la obra no nos satisface en realidad; demuestra un auténtico talento, pero un talento que no se ha adaptado enteramente, por lo menos todavía, a las leyes de la expresión dramática. La obra trata con habilidad un bello tema teatral, contiene hermosas escenas; sin embargo, nos cansa en ciertos momentos o nos irrita; no llega a conquistarnos del todo. Añadiré que la voluntad de provocación que se manifiesta en la última escena me parece, también, una debilidad. Por lo demás, se ajusta más a la tradición del primer surrealismo que a las consignas comunistas, infinitamente más flexibles y más prudentes en materia de propaganda antirreligiosa: esto es lo que Rober Vailland ha merecido diga de él, en términos bastante claros, el crítico dramático de *L'Humanité*.

* * *

Roger Vailland quiso representar resolviendo una dificultad. Juan Bernardo Luc ha hecho lo mismo con otra. Ha escrito una obra cuya escena sólo comprende dos personajes, pretendiendo así tener al espectador en tensión durante casi hora y media. Esta especie de proeza, ¿no supone asimismo una facilidad? ¿No pretende crear en el espectador, al comienzo, una especie de predisposición favorable: «¡Qué audacia haber intentado eso! ¡Qué mérito haberlo conseguido del todo o parcialmente!»? El hecho es que *La noche de los hombres* se ve sin cansancio, mas con cierto desagrado.

Dos hombres hablan de una mujer que ha engañado al primero con el segundo, y quizá al segundo con el tercero. Hablan de su amor, y durante toda una noche se hacen preguntas sobre él. Aclaraciones sentimentales y sensuales: «¿Te quería más que a mí? ¿Menos que a mí? ¿Te amaba *física-mente* más que a mí?», etc. Cuando las mujeres se ocupan interminablemente de este juego de sociedad, no lo admitimos todavía. Cuando son hombres quienes lo hacen, nos parecen del año 1910. Para colmo, la discusión tiene lugar en una ciudad ocupada por el enemigo, la noche misma en que es liberada, y uno de los interlocutores desempeña, o debería desempeñar, un papel activo en el levantamiento. He de reconocer que los movimientos de la batalla, entre bastidores, mantienen el interés. Pero hacen que la conversación, que constituye el fondo de la obra, resulte desplazada y casi absurda. Da ganas de decir a Santiago Dumesnil, excelente, y a Miguel Vitold, que en esta obra encontró su mejor papel: «Queda tiempo para todo.»

REVISTAS HISPANO-AMERICANAS EN 1949

Por JOSE SANZ Y DIAZ

DURANTE el finado año he venido recibiendo bastantes publicaciones de la América hispana, junto con otras más del Brasil y de los Estados Unidos, y que para información del lector español, hoy más que nunca ávido por conocer cuanto se edita en el Nuevo Continente, vamos a citar por orden alfabético, siquiera sea con la rapidez que un artículo de comienzo de año requiere. En su mayoría se trata de excelentes revistas, especializadas y populares, que ponen muy en alto la cultura que los pueblos americanos heredaron de España. Sin más preámbulo, que alargaría demasiado estas notas, entremos en materia.

De la República Argentina nos llegaron: la *Revista de la Facultad de Filosofía y Humanidades*, que publica la Universidad Nacional de Córdoba, con trabajos literarios de los profesores D. Severo Reynoso, Magdalena Linero, José Martínez Carreras, Carlos Luque Colombres, Benito Ochoa y

P. Clementino Sanz Díaz, Sch. P. Esta prestigiosa publicación ha nacido en 1949 y le deseamos larga vida. De Buenos Aires, *Hispano-América*, *Cartel* y el *Boletín de Estudios de Teatro*, que edita la Comisión Nacional de Cultura.

Del Brasil, la importante revista *Tradição*, editada en Petrópolis por el eminente Dr. Guilherme Martínez Auler, gran amigo de España y defensor de nuestro régimen. Colaboran en sus páginas distinguidos escritores brasileños y el príncipe Don Pedro de Braganza, heredero del Imperio. También nos llegaron los Suplementos de Arte y Literatura de la *Tribuna de Petrópolis*, de interesante contenido.

De Colombia, la admirable *Revista de Indias*, una de las mejores publicaciones que se hacen en nuestra América, dirigida últimamente por José María Vivas Balcázar en Bogotá. Se ocupa de letras, ciencias, artes plásticas y crítica bibliográfica. *Universidad Pontificia Bolivariana*, de Medellín, dirigida por el Dr. Gabriel Henao Mejía, constando de unas 350 páginas cada número bimestral. La *Revista Javeriana*, fundada en 1622 y dirigida por los PP. Angel Valtierra y Juan M. Pacheco, ambos de la Compañía de Jesús. Es una gran revista católica de cultura general, que toca los más interesantes temas de actualidad mundial. El P. Valtierra, joven y simpático, sabio y modesto, es bien conocido entre los estudiantes de la Universidad de Verano de Santander. *Universidad de Antioquía*, de Medellín, órgano de aquella Universidad colombiana, y *Universidad Nacional de Colombia*, dirigida por D. José Gómez Pinzón, en Bogotá, y que es una revista de más de 300 páginas en 4.º, trimestral, de cultura moderna: Filosofía, Letras, Arte y Poesía. *Manizales*, editado en la ciudad de igual nombre, revista literaria mensual, dirigida por el matrimonio Jaramillo Meza, y *Lumbre*, de

Cartagena de Indias, dirigida por María Guerrero Palacio, revista de cultura femenina, completan los envíos de Colombia.

De San José de Costa Rica, la publicación bimestral *Revista de los Archivos Nacionales* costarricenses, que tiene por mentor a D. José Luis Coto Conde, joven y prestigioso escritor, un noble amigo nuestro, autor de un magnífico artículo que lleva por título «Presencia de España en Hispanoamérica emancipada».

Cuba nos envía la *Revista Bimestre Cubana*, habanera, dirigida por Fernando Ortiz y órgano de la Sociedad Económica de Amigos del País, que publica especialmente trabajos de autores cubanos y de literatos extranjeros sobre Cuba. Algunos de ellos, aunque correctos, tienen cierto tufillo a logia masónica.

De América del Sur, *Anales de la Universidad de Chile*, veterana publicación santiaguina de más de 500 páginas en 4.º, que va ya por el año CIV de vida y de prestigio. El número últimamente recibido, después del extraordinario que dedicara magistralmente al centenario de Cervantes, lleva extensos ensayos de Eduardo Cruz Coke, Agustín Alvarez Sotomayor, Pablo Barrientos, Benjamín Viel Vicuña, W. Mann, David Benavente, Kuster Bennis, Domingo Herrera Rivera y Hernán Espinosa Quiroga. Además, *Boletín Informativo de la Universidad de Chile* y la revista *Estudios*, mensual de cultura general, que dirige D. Jaime Eyzaguirre, bien conocido en los medios culturales de España y del mundo hispánico. Los números 192, 193, 194 y 197 llevan trabajos excelentes de Pedro Laín Entralgo, Sara Philippi, Fernando Cuadra Pinto, Juan Lanza, Angel Custodio González, José P. Domínguez Casanueva, Irving Leonard, Friedrich Hoelderlin,



Rafael Gandolfo, María Carmela Pflieger, Ricardo Krebs, Miguel Arteche, y las secciones fijas «Del ocio y la eternidad», «La aguja del tiempo» y «Cristal de librería».

Nos gustaría recibir la revista *Atenea*, de la Universidad chilena de Concepción, que inserta trabajos muy notables de literatura, arte y crítica, la cual nos llegaba puntualmente antes de la guerra.

De El Salvador, enviada por la mano amiga de su director, Juan Felipe Toruño, uno de los más interesantes e inquietos escritores centroamericanos, recibimos *Ateneo*, revista del Ateneo de San Salvador, en la que hay trabajos de plumas ilustres, como las de Toruño, Lardé Larín, Leónidas Alvarenga, Salvador G. Aguilar, Vides Signi, Gallegos Valdés, José S. Guandique, Miguel Román Peña, Rodas Corzo, Mira y López, Juan Marín, Gustavo Torroella, Valencia Robleto, José Lino Molina, Santiago Gastaldi, Pascual Guerrero, Lola Soriano, Mercedes Maiti, Mauricio Magdaleno, Alberto Rembao y muchos otros. También recibimos el Suplemento literario *Sábados de «Diario Latino»*, mantenidos ágilmente por Juan Felipe Toruño; el diario *La Prensa Gráfica y Estrella de Centroamérica*, que ya no se edita. Mención especial hemos de hacer de ese magnífico *Cypactly*, que dirige su fundador, Carlos Martínez Molina, en San Salvador, que es uno de los periódicos más antiguos de aquella República, de gratos recuerdos.

De los Estados Unidos, *La Nueva Democracia*, revista trimestral de cultura y acercamiento americano, dirigida por el Dr. Alberto Rembao, autor de *Flor de traslaciones*, intelectual de sólido prestigio. También de Nueva York nos llega *The New-York Historical Society Quarterly*, con artísticas lá-

minas a todo color, y de Ottawa, *Canadian Geographical Journal*.

De Honduras, *Tegucigalpa*, la revista ilustrada del hogar hondureño, que lleva más de 1.125 números publicados y que hoy dirige Alejandro Castro, hijo.

De Filipinas, *Semana*, de Manila, revista ilustrada hispanofilipina, que sale todos los jueves, bajo la dirección de Manuel López Flores, el conocido autor de la novela cabalresca *Palatino de Vandalia*. Tira 25.000 ejemplares de cada número, y colaboran en sus páginas los más ilustres ingenios del archipiélago malayo: Jesús Balmouri, Claro M. Recto, Manuel Bernabé, Tirso de Irureta Goyena, etc., y muchos literatos extranjeros. Y *La Voz de Manila*, diario que dirige un buen amigo de España.

De Guatemala nos envían las *Publicaciones de la Academia Guatemalteca*, correspondiente de la Española de la Lengua, de gran interés literario; la *Revista de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, y los magníficos *Anales*, publicación trimestral que dirige Fernando Juárez Muñoz. Lleva editados desde 1924 más de veintidós gruesos volúmenes, en los que han colaborado las plumas más capacitadas de Centroamérica y del Nuevo Continente.

De Méjico, la revista de cultura mexicana *Abside*, dirigida durante trece años por el Dr. Gabriel Méndez Plancarte, presbítero, escritor eminente y poeta de original estilo, que acaba de morir en el pasado mes de diciembre. Elevemos una oración por su alma. También nos llega *Lectura*, revista de libros e ideas, cuyo timonel es Jesús Guisa y Azevedo, intelectual de nota, polemista de afirmaciones rotundas. Es un gran amigo de España, para quien tenemos pedida la Cruz de Isabel la Católica.

De Nicaragua, la hermosa tierra de Rubén Darío, donde tenemos amigos tan entrañables como el actual ministro plenipotenciario en España, el académico Dr. Andrés Vega Bolaños; el Dr. D. Emilio Alvarez Legarza, catedrático y académico; D. Pablo Antonio Cuadra, D. José Coronel Urtecho, Julio Icaza Tigeriño y tantos otros, recibimos de tarde en tarde alguna publicación, que leemos con gozo. La última es la revista *Lengua*, boletín de 70 páginas en 4.º, órgano de la Academia Nicaragüense, año V, volumen 6.º, que inserta los discursos de ingreso de los doctores D. José H. Montalván: «Neurosis y superioridad mental en Nicaragua»; de D. Carlos A. Bravo, «Las nuevas tierras y la lengua nueva», y las contestaciones de los académicos Dr. Diego Manuel Chamorro y D. Pedro Joaquín Chamorro a los mismos. Además trae dicha revista el discurso que pronunció el Excmo. Sr. Ministro de España en Managua, D. Federico Gabaldón, en la Semana Dariana del 2 de febrero de 1949; otro del director de la Academia Nicaragüense, Dr. Carlos Cuadra Pasos, «Rubén Darío y Nicaragua»; una «Carta a Papini» de Pablo Antonio Cuadra, un trabajo filológico del Dr. Santos Flores y las Actas de las sesiones académicas, extendidas por el secretario perpetuo, Dr. Alvarez Lejarza.

De Panamá, el *Boletín de la Academia Panameña de la Historia*, correspondiente de la Real de Madrid, la cual se fundó en 1921. Alma de la misma es el Dr. Octavio Méndez Pereira, bien conocido entre nosotros por su novela histórica del Istmo *El tesoro del Dabaide*.

De Puerto Rico, *Los Quijotes*, de San Juan, veterana revista antillana, que fundó hace veinticuatro años D. Francisco Cerdeira, su actual director, con quien España tiene contraída deuda de gratitud. *Asonante* es también un gran re-

vista portorriqueña, de unas 100 páginas en 4.º mayor, editada por las graduadas de la Universidad de Puerto Rico y que dirigen las conocidas escritoras Nilita Vientos Gastón, Concha Meléndez y M. Lina Pérez-Marchand.

De Venezuela, el magnífico *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, editado en Caracas, bajo la comisión de los académicos D. Vicente Lecuna, D. Cristóbal L. Mendoza (éste se halla actualmente en Madrid) y la Srta. Lucila L. de Pérez Díaz. El contenido de estos grandes cuadernos trimestrales es del mayor interés para la historia del país y de América, lo mismo que para España. Colaboran casi todos los académicos de número, que son 24; los correspondientes y otros historiadores prestigiosos. Además, recibimos con puntualidad la *Revista Nacional de Cultura*, editada en Caracas por el Ministerio de Educación Nacional, siendo su jefe de Redacción don J. L. Salcedo Bastardo. Colaboran en ella — cada número tiene unas 300 páginas— las firmas más ilustres de Venezuela y del resto de Hispanoamérica. Su contenido de artes, ciencias, letras, crítica y poesía es verdaderamente notable.

Tales son las publicaciones hispanoamericanas que durante el finado año de 1949 nos ha ido trayendo el correo de Indias, como espléndida cosecha intelectual y artística, como fruto maduro de nuestra siembra ecuménica.





HECHOS

LA CULTURA ECLESIASTICA EN EL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

Por JOAQUIN BLAZQUEZ

Secretario del Instituto de Teología «Francisco Suárez»

UNO de los más fervientes anhelos de la España que nació de la Cruzada de liberación fué instaurar una nueva y pujante era científica que fuera la creación más fecunda de la victoria. Había de llevar marcado de modo indeleble el sello de lo cristiano, de lo católico, de la verdadera esencia y tradición de la España eterna. Porque la ciencia española tuvo siempre, y deberá tener en el futuro, valor universal. La ciencia española es esfuerzo de la inteligencia para la posesión de la verdad, es aspiración hacia Dios, es unidad filosófica y realización del verdadero progreso. Con justicia exclamaba en aquella hora una primera jerarquía de la España renaciente: «Queremos una ciencia católica, esto es, una ciencia que, por sometida a la razón suprema del universo, por armonizada con la fe en la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Joan, I, 9), alcance su más pura nota universal.» Pero como para volar alto no basta querer, sino que

hay que quedarse libres de todo lastre y desechar todo lo que pueda servir de impedimento y obstaculizar la ascensión, «diquidamos —seguía diciendo— en esta hora todas las herejías científicas que secaron y agostaron los cauces de nuestra genialidad nacional y nos sumieron en la atonía y decadencia. Sepultamos y lanzamos al olvido aquella tabla del agnosticismo en que se refugiaron tantos náufragos de la fe...; igual olvido y desprecio para cuantos endiosaron la razón humana, erigiéndola en supremo principio de todo conocimiento. Nuestra ciencia es exclusivamente para la verdad, la única que —al decir del Apóstol— nos hace libres, y la que, llevándonos de la mano a la causa altísima y primera, nos permite atisbar los secretos de la divina Sabiduría».

Realización de esos propósitos y anhelos de la nueva España es el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, creado por ley de 24 de noviembre de 1939 para fomentar, orientar y coordinar la investigación científica nacional. Queda así constituido en órgano supremo de la alta cultura española, en el que tienen su elevada representación los más prestigiosos elementos universitarios, académicos, investigadores de la ciencia sagrada y técnicos, y por ello gozará de la máxima jerarquía en la vida cultural del país. Nace el Consejo católico y elige como Patrono espiritual de todas sus empresas al glorioso San Isidoro, arzobispo de Sevilla, que representa en nuestra historia el primer momento imperial de la cultura española. Cristaliza la catolicidad del Consejo en la hermosa iglesia, dedicada al Espíritu Santo, para implorar las bendiciones del cielo sobre su obra y sobre los investigadores que la llevan a cabo y para ofrecer sufragio por las almas de los que, miembros suyos, cambiaron este valle de lágrimas por la patria feliz.

Considerada la obra del supremo Creador del mundo con toda la gama maravillosa de sus variedades, se advierten en ella tres estamentos: materia, vida, espíritu; esto es, lo físico, lo biológico, lo espiritual. A cada uno de ellos ha prestado su interesada atención este instrumento de la restauración y renacimiento de la ciencia española que es el Consejo. Pero fiel a la idea madre de su creación, que se funda en la única verdadera jerarquización de valores

y arranca de ella como el árbol de su raíz para expandir su científica frondosidad vital a todos los ámbitos de la ciencia, sin menoscabo de la unidad y armonía del conjunto, coloca en primer lugar, como coronamiento de toda su obra, el grupo de Patronatos que abarcan las ciencias del espíritu.

En el primero de esos Patronatos, el nombre de Raimundo Lulio anuncia que ascendemos a la cúspide más levantada del templo de la ciencia, donde moran en consorcio la ciencia sagrada y divina y la más alta de las ciencias humanas, la filosofía. Demuestran lo acertado de la elección del polifacético escritor mallorquín para dar nombre a este Patronato las siguientes razones, no desmentidas, que alegara en la primera reunión plenaria del Consejo, en presencia del Jefe del Estado, el señor Ministro de Educación Nacional. «Había que colocar aquí el nombre del bienaventurado mártir, del que en sus escritos, innumerables al modo de las arenas del mar, especuló, cual otro Salomón, desde el cedro hasta el hisopo, recorriendo con vuelo de ángel el mundo sensible y el inteligible... Porque él preside en el orden del tiempo aquella esplendorosa edad en que España engendra la más luminosa constelación de sus astros científicos y mantiene por tres siglos el imperio de la ciencia teológica. Porque él encarna en su alma mística el germen de aquella legión de espíritus sublimes, que se perdieron en el ancho piélagos de la hermosura divina. Porque él personifica el primer gran sistema filosófico peninsular que nos dotó de una lógica nueva. Porque él, en fin, en su brioso y quijotesco apostolado para convertir al mundo, anunció la vocación apostólica hispana, evangelizadora de continentes.»

Luliano es también el árbol de la ciencia símbolo del Consejo. «El emblema será —así el decreto de 8 de marzo de 1940—, siguiendo y adaptando la tradición luliana, un «arbor scientiae», que represente un granado, en cuyas diversas ramas se aluda en lengua latina a las manifestaciones científicas que el Consejo cultiva.» Mas en éste no ocupa lugar subterráneo, sino principal y subalterante, capital, nos atrevemos a decir, dándole toda su intensa significación al vocablo, la ciencia suprema del espíritu, la ciencia de

Dios, la teología. Se concibe como el tronco sobre el que se asientan las demás; como la savia que las penetra y vivifique. «El árbol imperial de la ciencia española —oímos en la primera reunión plenaria del Consejo— creció lozano en el jardín de la catolicidad y no se desdeñó de aposentar en su tronco, como esencial fibra y nervio, la ciencia sagrada y divina, de cuyo jugo se nutrió al unísono todo el espeso ramaje. La genialidad teológica española, que floreció para servir a la catolicidad de la fe, ha de ocupar también en este supremo instante la primera jerarquía del renacimiento científico. Nuestra ciencia actual —en conexión con la que en los pasados siglos nos definió como nación y como imperio— quiere ser ante todo católica. Por ello proclama que no estará jamás en pugna con la fe, que precisamente, por ser ciencia total y plena, cumplirá el destino agustiniano de vivir en las cercanías de la Divinidad. Porque vana es la ciencia que no aspira a Dios. Sin el Espíritu Santo, que desde lo alto es enviado, no puede la ciencia parangonarse a las piedras preciosas, como quería el Sabio, ni parecer el oro en su comparación una arena menuda o la plata ser tenida como barro delante de ella» (Sap. 7, 9).

El Instituto «Francisco Suárez»

Según esto, el Instituto Francisco Suárez, de Teología, que es uno de los que integran el Patronato Raimundo Lulio en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas desde el primer instante de su fundación, no es algo postizo y adjetivo, sino algo que pertenece a la misma sustancia, al alma del Consejo. Este no se concibe sin el organismo dedicado a las ciencias sagradas, culminación perfectísima de todas las ciencias por serlo de manera más inmediata de las del espíritu. Era necesaria y oportuna su creación, y todavía más necesaria y oportuna su entrega a la Iglesia, depositaria y maestra auténtica e infalible de la verdad revelada.

«Los prelados que forman parte del Consejo, de acuerdo con la jerarquía eclesiástica, propondrán al Ministerio de Educación Nacional la organización del Instituto Francisco Suárez, de Teología.»



Esta disposición legal, contenida en el artículo 8.º del Reglamento de 10 de febrero de 1940, por el que se daban las primeras y fundamentales disposiciones para aplicar la ley fundacional del Consejo de 24 de noviembre de 1939, fué glosada e interpretada por el señor Ministro en la primera reunión plenaria. «Subrayemos —dijo— la necesidad y oportunidad de este Instituto que el Estado ofrece a la Iglesia española para resucitar el empuje imperial de aquella teología que presidió todo nuestro saber en los siglos dorados y que, resonando por boca de nuestros sabios en las cátedras universitarias de Europa y aun del Nuevo Mundo, fué el instrumento más poderoso de la expansión de la cultura hispánica. El nuevo Estado cumple en esto un deber de conciencia nacional. Porque no sólo acata la jerarquía de la ciencia sagrada, otorgándole el puesto de honor que en el árbol de la ciencia le corresponde e incorporando de modo pleno la tradición al actual renacimiento científico, sino que anhela inyectar nueva savia teológica a todas nuestras actividades culturales para que la ciencia nacional sea así rotundamente católica y sirva ante todo los altos intereses espirituales de Dios y de su Iglesia.»

Este Instituto Francisco Suárez, de Teología, quedó legalmente constituido, como los restantes Institutos del Consejo, en los primeros meses del año de 1940. Presentados por la jerarquía eclesiástica, el Ministro de Educación Nacional extendió y firmó el nombramiento de director a favor del Excmo. Sr. Dr. D. Leopoldo Eijo y Garay, Obispo de Madrid-Alcalá; de vicedirector, a favor del muy ilustre señor doctor D. Daniel García Hughes, canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Madrid, y de secretario, a favor del doctor D. Joaquín Blázquez Hernández, presbítero, catedrático del Seminario de Madrid. Superadas las dificultades de los primeros momentos, no había precedentes en la historia eclesiástica de España, y establecidos los primeros contactos con las personalidades de las ciencias sagradas, que habían escapado milagrosamente ilesos de la tea incendiaria y de los piquetes de ejecución de que tan pródigamente usaron los rojos españoles, fueron trazados los primeros planes y propósitos para el futuro, de los que se publicaba

un ligero esbozo como presentación del primer cuaderno de la *Revista Española de Teología*, que vió la luz pública en octubre de 1940, y que fué presentado a Su Excelencia el Jefe del Estado en la primera reunión plenaria del Consejo.

Preeminencia y fines del Instituto
«Francisco Suárez»

Escribíamos entonces: «El Gobierno que preside Su Excelencia el Generalísimo D. Francisco Franco Bahamonde, regalo sin precio que Dios ha concedido a España, cuida de remediar todas las necesidades de la Patria. Así, en medio del tráfigo y la angustia por la provisión del pan que perece, atendió también a procurar el pan del espíritu, y fundó el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y en él, por primera vez desde los tiempos de nuestro pasado Imperio, se concede a las ciencias teológicas la preeminencia que por razón de su excelso objeto le corresponde. El primer Instituto del primer Patronato de dicho Centro está dedicado a la Teología, bajo el nombre de un español insigne, que, desde siglos ya, resuena todos los años en todas las cátedras de Teología de todo el orbe. No agradeceremos nunca hartamente tanta justicia y favor si no ponemos rápida y esforzadamente manos a la obra de hacer resurgir los estudios eclesiásticos hasta la altura en que lucieron cuando los maestros españoles eran maestros del mundo.»

Para conseguir sus fines, que son los mismos del Consejo, de fomentar, orientar y coordinar la investigación científica nacional en las ciencias eclesiásticas, «el Instituto Francisco Suárez —escribíamos también— está constituyendo una biblioteca que sea arsenal completo de útiles de trabajo para los investigadores y estudiosos; pondrá en relación a unos con otros de éstos para que mutuamente se presten ayuda y consejo; organizará un fichero de información bibliográfica que ahorre al investigador la búsqueda de los materiales y precedentes; ayudará económicamente con bolsas de viaje y estancias en bibliotecas o archivos; contribuirá a la for-

mación de maestros con becas de estudios, y luego difundirá la cultura con sus publicaciones».

La Revista Española de Teología

En aquella fecha se presentaba como prenda la *Revista Española de Teología*, órgano general del Instituto. Para muy pronto se ofrecía el primer número de *Estudios Bíblicos*, segunda época, donde serían recogidos los trabajos de investigación sobre Sagrada Escritura. Para más tarde, la revista de *Historia Eclesiástica de España*, la de *Estudios Orientales en España*, la de *Teología Moral*, la de *Ascética y Mística...*, todas ellas desglosadas de la general *Revista Española de Teología*.

Mas no paraban aquí sus propósitos y planes en orden a conseguir los fines prefijados. «Aparte las revistas —terminábamos—, el Instituto se encargará de la publicación de las obras fruto de la investigación de sus colaboradores; imprimirá las manuscritas de los teólogos antiguos, preteridas sin razón; reeditará las agotadas que lo merezcan; hará y publicará el catálogo de los principales archivos eclesiásticos, y también colecciones de los documentos más importantes.»

Sus secciones

Tan vasto y denso programa no era realizable sin una bien ponderada y lógica distribución del trabajo, dividiéndolo en secciones y llamando a colaborar en las tareas del Instituto a personas ya formadas en las lides de la investigación. Desde el año 1941 funcionan las secciones Bíblica y Mariológica, a cargo, respectivamente, del muy ilustre señor doctor D. Jesús Enciso Viana, canónigo lectoral de Madrid, y del reverendo Padre José María Bover, jesuita, del Colegio Máximo de Sarriá. La sección de Teología Dogmática, que de hecho ya existía, se hizo realidad de derecho en 1943, y, a propuesta del Instituto, fué nombrado por el Consejo para jefe el muy ilustre señor doctor D. Máximo Yurramendi Al-

caín. El año de 1947, por haber sido elevado a la dignidad episcopal el Excmo. Sr. D. Máximo Yurramendi, y por estar vacante el cargo de vicedirector desde el fallecimiento de D. Daniel García Hughes, subió D. Jesús Enciso a vicedirector, y para las dos jefaturas de sección vacantes en Madrid fueron propuestos por el Instituto y nombrados por el Consejo el doctor D. Ramiro López Gallejo, presbítero, para Teología Dogmática y dirección de la *Revista Española de Teología*, y el doctor D. Salvador Muñoz Iglesias, presbítero, para la Bíblica y dirección de la *Revista de Estudios Bíblicos*, ambos catedráticos del Seminario Conciliar de Madrid. Para realizar dos propósitos bien claros y definidos de la primera hora del Instituto, y que hemos recordado más arriba, se han creado durante el año 1949 dos nuevas secciones: de Bibliografía la una, de Historia de la Teología la otra. La primera, dirigida por el doctor D. Andrés Avelino Esteban Romero, presbítero, está realizando el fichero bibliográfico, con más de 12.000 fichas en la actualidad, amén de otras tareas de esa índole que se refieren a las revistas. La de Historia de la Teología la dirige el secretario del Instituto, y está ordenada principal, aunque no exclusivamente, a la puesta en marcha y realización del proyecto, también de la primera hora, de publicar las obras de nuestros teólogos, que formarán un arsenal riquísimo de doctrina y que integrarán la colección que llevará por título «Corpos Theologorum Hispanorum».

Sus colaboradores

Completan el personal investigador de la plantilla del Instituto los colaboradores, cuidadosamente elegidos por su formación y situación. Son como la prolongación del Instituto en las distintas regiones españolas y en los Centros cruciales por su significación formativa y docente y por sus valiosos elementos de fuentes y bibliográficos. En este concepto colaboran a las tareas del Instituto el reverendo Padre Joaquín Salaverri, S. J., en Comillas; los reverendos Padres José Madoz y Victoriano Larrañaga, S. J., en Oña; el reverendo Padre Vicente Beltrán de Heredia, Orden de Predi-

cadores, en Salamanca; el muy ilustre señor doctor D. Teófilo Ayuso, canónigo lectoral, en Zaragoza; el reverendo Padre Emilio Sauras, O. P., en Valencia; el muy ilustre señor doctor D. Juan Francisco Rivera Recio, canónigo archivero, en Toledo; los reverendos padres José A. de Aldama y Rafael Criado, S. J., en Granada, y el reverendo Padre Serafín de Ausejo, O. F. M. Cap., en Sevilla. Todos estos colaboradores dirigen Seminarios de Investigación en sus Centros respectivos por encargo del Instituto, con lo cual éste ha llevado ya a la realidad su propósito de cultivar nuevos investigadores que continúen y perfeccionen en el futuro la labor de los actuales. No se reduce a este elenco de personas los investigadores españoles que prestan su valiosa colaboración al Instituto y en especial a sus revistas. Abiertas están de par en par sus puertas para todos, y de todos se ha solicitado de un modo o de otro, para una u otra obra determinada, la colaboración. Desde aquí se lo agradecemos y repetimos a todos.

Pero hasta llegar a la estructuración de este organismo no ha sido breve ni excesivamente llano el camino que ha tenido que recorrer el Instituto. El año 1940 no hubiera sido nada fácil montar ese engranaje con la seguridad con que hoy funciona. Para conocer los valores reales de aquel momento y para influir en los ánimos recién salidos de la Cruzada de liberación y fomentar de algún modo la investigación eclesiástica, poniendo en contacto, según el propósito también de la primera hora, a los investigadores mutuamente unos con otros, nacieron las Semanas de Teología. Estas, desde la primera, en 1941, que fué un toque de llamada para recontar las fuerzas, hasta la novena, celebrada el año pasado de 1949, han ido progresando sensiblemente no sólo por el interés y viva actualidad de los temas y la competencia verdaderamente notable de los ponentes y por la asistencia de una numerosa representación genuina de todos los Centros investigadores y docentes de nuestra Patria, sino hasta por su resonancia, y nos atrevemos a decir por la imitación que de ellas se ha hecho en el exterior. Simultáneamente a las de Teología se han celebrado las Semanas Bíblicas, que comenzaron con un año de antelación en Zaragoza,

en septiembre de 1940, con los mismos halagüeños resultados. En la organización de éstas ha colaborado la Asociación para el Fomento de los Estudios Bíblicos en España (A. F. E. B. E.). Ningún año han bajado de 35 los trabajos, entre señalados y libres, todos de verdadera investigación, presentados y leídos y discutidos con entera libertad en nuestras Semanas. La mayoría de ellos han llenado muchas de las páginas de las revistas científicas de España durante estos años. Son las Semanas el instrumento de que se vale el Instituto para influir en la investigación teológica y escriturística de nuestra Patria.

De las dos revistas que redacta y publica el Instituto, y mediante las cuales también fomenta y encauza la investigación, a saber, *Revista Española de Teología y Estudios Bíblicos*, me limitaré a decir que cuentan ya con nueve y ocho volúmenes, respectivamente, en los que se contienen estudios y notas de investigación e información bibliográfica crítica para los lectores, y que se cambian por las principales de su materia (unas doscientas) en España y en el extranjero, y que se ven favorecidas cada día con mayor número de obras de las principales casas editoras de dentro y de fuera de España, que tienen en mucho el juicio crítico que de ellas se publique en nuestras revistas.

La biblioteca, con sus 3.000 volúmenes entre obras y revistas, ordenada por el bibliotecario del Instituto, D. José Bueno Paz, presbítero, constituye ya un buen instrumento de trabajo, cuya capacidad de servicio crece cada día con nuevas adquisiciones.

Publicaciones

En cuanto a los libros publicados, manera también de fomentar la investigación, damos, por falta de espacio, un sencillo elenco: *Epistolario de San Braulio de Zaragoza*, edición crítica por el Padre José Madoz, S. J., Madrid, 1941. *De hominis beatitudine tractatus theologicus*; su autor, S. M. Ramírez, O. P., Madrid, 1942. *Deiparæ Virginis consensus corredemptionis ac mediationis fundamentum*; su autor, José María Bover, S. J. Madrid, 1942. *Domin-*

go Báñez, O. P. *Comentarios inéditos a la Prima Secundæ de Santo Tomás*. Tomo I, edición de Vicente Beltrán de Heredia, O. P. Madrid, 1942. *De hominis beatitudine tractatus theologicus*. Tomo II. Su autor, S. M. Ramírez, O. P. Madrid, 1943. *La Ascensión del Señor en el Nuevo Testamento*. Su autor, Victoriano Larrañaga, S. J. Dos tomos. Madrid, 1943. *Diego García: Planeta*. Edición de Manuel Alonso, S. J. Madrid, 1943. *San Ildefonso de Toledo a través de la pluma del arcipreste de Talavera*. Su autor, José Madoz, S. J. Madrid, 1943. *Luis Vives como apologeta*. Traducción del alemán por José María Millás Vallicrosa. Madrid, 1943. *La tradición en San Agustín a través de la controversia pelagiana*. Su autor, German Mártel, presbítero. Madrid, 1943. *Novi Testamenti Biblia graeca et latina critico apparatus aucta*. Edición de José María Bover, S. J. Madrid, 1943. *Comentarios inéditos de Báñez a la Prima Secundæ de Santo Tomás*. Tomo III. Edición de Vicente Beltrán de Heredia, O. P. Madrid, 1944. *La Biblia de Oña* (contribución al estudio de la Vulgata en España). Su autor, Teófilo Ayuso Marazuela, lectoral de Zaragoza. Zaragoza, 1945. *Iglesia castellanoleonesa y Curia Romana en los tiempos del rey San Fernando*. Su autor, Demetrio Mansilla Reollo, presbítero. Madrid, 1945. *Soteriología Mariana*. Su autor, José María Bover, S. J. Madrid, 1946. *Epistolario de Alvaro de Córdoba* (Monumenta Hispaniae Sacra. Serie patrística. Vol. I). Edición crítica por José Madoz, jesuíta. Madrid, 1947. *De hominis beatitudine tractatus theologicus*. Tomo III. Su autor, S. M. Ramírez, O. P. Madrid, 1947. *El símbolo niceno*. Su autor, Ignacio Ortiz de Urbina, S. J. Madrid, 1947. *Miscellanea de Maldonato*. Editor, Romualdo Galdos, S. J. Madrid, 1947. *Comentarios inéditos de Báñez a la Prima Secundæ de Santo Tomás*. Tomo III. Editor, Vicente Beltrán de Heredia, dominico. Madrid, 1948. *Los dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana por el venerable padre maestro fray Juan de Santo Tomás, dominico*. Su autor, Ignacio G. Menéndez Reigada, O. P. Madrid, 1948. *Introductio in sacram Theologiam*. Su autor, Bartolomé María Xiberta, O. C. Madrid, 1949. *Jerónimo Nadal, S. J. Sus obras y doc-*

trinas espirituales. Su autor, Miguel Nicoláu, S. J. Madrid, 1949. *De caelesti mediatione sacerdotali Christi*. Su autor, Enrique María Esteve, O. C. Madrid, 1949. *Repertorium Biblicum Medii Aevi*. Su autor, Federico Stegmüller. Tomo II. Madrid, 1950. *Comentarios a Esdras y Nehemías*. Su autor, Andrés Fernández, jesuita. Madrid, 1950. *Biblia castellana del siglo XIV*. Editor, José Llamas, O. A. A. Madrid, 1950.

Instituto «Padre Enrique Flórez»

Siguiendo la norma trazada por el artículo 8.º del reglamento, se creó en el Consejo el Instituto P. Enrique Flórez, de Historia Eclesiástica. La dirección quedó definitivamente constituída por el eminentísimo señor doctor D. Enrique Pla y Deniel, cardenal arzobispo de Toledo, como presidente, y el excelentísimo señor doctor D. fray José López Ortiz, obispo de Túy, como director. Tiene este Instituto dos vicedirectores: monseñor Pascual Galindo Romeo y el doctor D. José Vives, presbítero; secretario es el doctor D. Tomás Marín, presbítero. Completan el cuadro de sus investigadores fijos el reverendo padre Pedro Leturia, S. J. (Roma), monseñor Manuel Fernández Conde (Roma), el doctor D. José Zunzunegui, presbítero (Vitoria), el doctor D. Demetrio Mansilla, presbítero (Burgos), doctor D. Juan Francisco Rivera Recio (Toledo), doctor D. Juan Manuel Abalos (Madrid) y el doctor D. Enrique Pastor (Madrid).

La finalidad de este nuevo centro la precisa el artículo 2.º del decreto fundacional. «El Instituto —dice— tendrá como finalidad la investigación de fondos documentales o similares relativos a la historia eclesiástica, sistematización de los mismos, su estudio en inventarios, catálogos, monografías y episcopologios, para dar lugar a obras, todo ello siempre con arreglo a los principios de la crítica moderna y tendiendo las normas obligadas en tales trabajos.»

Perfilaba los planes de éste al exponer el plan de su revista *Hispania Sacra* el excelentísimo señor doctor D. fray José López Ortiz, director del Instituto, cuando escribía: «Una primera sec-

ción de estudios de investigación más o menos amplios de historia de la Iglesia, principalmente española. Esta sección será de Historia Eclesiástica en el sentido estricto: historia de la actuación pastoral y cultural de la jerarquía eclesiástica en todos sus grados. Por lo general, quedan eliminados aquellos estudios que como tema principal traten de la historia de la teología, de la patrística, de la Sagrada Escritura, del Derecho canónico. En cambio, entrarán de lleno en ella los estudios de historia de la liturgia hispánica o mozárabe, así como de las otras liturgias en cuanto actuadas en nuestra Península.

En la segunda sección de notas o misceláneas, aun dando la preferencia a los temas de historia propiamente dicha, seguiremos un criterio mucho más amplio, pues en estas notas se ofrecerá muchas veces sólo materiales disponibles para ulteriores estudios de los especialistas en cada ciencia.

Aún más amplio será el campo de la sección característica de nuestra revista, *documentación de archivos y bibliotecas*, pues en ella se darán noticias de todas clases de manuscritos, sea cual sea su materia, conservados en las bibliotecas eclesiásticas españolas, y lo mismo de los documentos. En un apéndice especial a esta sección serán señalados los manuscritos españoles o de tema español existentes en bibliotecas extranjeras, despojando sistemáticamente los catálogos de estas bibliotecas. La sección bibliográfica esperamos pueda ser provechosa para estudiosos, tanto nacionales como extranjeros. Corrientemente en cada volumen, no en cada fascículo, habrá tres subsecciones: boletines sobre un tema especial, reseñas de algunas obras importantes y bibliografía sistemática de historia eclesiástica hispana.» En sesión del Instituto fué nombrado director de la revista el doctor Vives.

La adopción que el Instituto, como de cosa propia, ha hecho del Centro de Estudios e Investigaciones de San Isidoro, de León, es no solamente esperanzadora, sino campo fecundo de actuales realidades. Testigo la cátedra de San Isidoro, que funciona regularmente en el Seminario de León y que en su doble ciclo de conferencias y lecciones ordinarias viene concediendo principal im-

portancia a las cuestiones de investigación y crítica históricas. Organismo coordinador y exponente adecuado de tan exuberante floración de cultura exclesiásthicohistórica viene a ser la revista *Archivos Leoneses*.

Otro laboratorio de investigación de temas eclesiásticos ha puesto en marcha en Vitoria el profesor de aquel Seminario y colaborador de este Instituto, D. José Zunzunegui. Con labor callada, metódica y constante, hace ya tiempo que viene centrando sus esfuerzos en el estudio de antiguos concilios y sínodos españoles. Su campo de acción está delimitado actualmente por los que corresponden a la antigua provincia eclesiástica de Zaragoza. Son los primeros y fundamentales pasos para una cuidada edición crítica de sínodos diocesanos y provinciales de España.

Preocupa también al Instituto otra edición crítica de la Colección Canónica Hispana. En orden a ella y a su preparación se invitó al profesor Peitz, S. J., a tomar parte, de acuerdo con el Instituto San Raimundo de Peñafort, en la Semana de Derecho Canónico celebrada en Madrid del 14 al 17 de mayo, para que expusiera en ella sus teorías y conclusiones sobre el proceso de elaboración de las grandes colecciones canónicas y concretamente de la hispana. Este ilustre investigador amplió la demostración de su teoría y conclusiones en tres conferencias que fuera de la Semana de Derecho Canónico dictó en Madrid.

Con objeto de preparar archiveros eclesiásticos para la catalogación de manuscritos y documentos, este Instituto organizó un cursillo en Barcelona en el verano de 1945. Se dieron principalmente lecciones prácticas de manejo de repertorios bibliográficos y se visitaron los archivos y bibliotecas de la ciudad y de Vich y de Montserrat.

Entre sus publicaciones, además de la revista que salió por primera vez en 1948, están las obras *Esquemas de Metodología históricoecclesiástica*, su autor, doctor D. José Vives, y *Los seminarios españoles a raíz del concilio tridentino*, su autor, monseñor Manuel Fernández Conde.

Instituto «San Raimundo de Peñafort»

Nada mejor que el decreto de 29 de abril de 1944, por el que se fundaba el Instituto San Raimundo de Peñafort, para darnos cabal idea de las razones y fines de su creación.

«Creado bajo el signo de la nueva España el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, van haciéndose más patentes, gracias a la labor científica de los investigadores, las grandes aportaciones de nuestra Patria a la cultura universal en los siglos pasados y las que cabe esperar en adelante. Entre esas valiosas aportaciones ocupan lugar destacado las que se refieren a la ciencia del Derecho canónico. Puesto preeminente, junto a los concilios de Toledo, ocupa la insigne *Hispana*, la más rica y mejor de todas las colecciones antiguas, a través de la cual se transmitieron a las colecciones medievales las reglas fundamentales del derecho fundamental de la Iglesia. Un español, San Raimundo de Peñafort, fué el que hizo, en el siglo XIII, la primera colección auténtica de cánones para la Iglesia universal. Españoles fueron asimismo los que, desde sus cátedras de la Universidad salmantina —sin hacer mención de otros centros esclarecidos—, difundieron la cultura canónica más allá de las fronteras de la Patria y contribuyeron con sus enseñanzas y con sus consejos a impregnar de espíritu cristiano nuestras leyes y las que España daba a los pueblos que incorporaba a su cultura. De aquí es que el Estado español, que se ha propuesto resucitar todos los valores espirituales dentro del marco de la hispanidad, no puede menos de prestar atención a esta rama del saber, que está reclamando un puesto al lado de la ciencia del derecho secular español y un Instituto al lado del Instituto Francisco de Vitoria, pues ambos derechos corrieron parejos durante muchos siglos en nuestra Patria como ramas del árbol fecundo de la hispanidad católica.»

En virtud de estas consideraciones, se crea en Salamanca el Instituto de Derecho Canónico San Raimundo de Peñafort, dentro del Patronato Raimundo Lulio. Se le asigna el fin de fomentar por medio de la investigación científica el conocimiento adecuado del

Derecho canónico, tanto común como patrio, bajo todos los aspectos, y se dispone que será sostenido y organizado por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, a propuesta de los preladados que forman parte del Consejo en representación de la jerarquía eclesiástica.

La Dirección de este Instituto quedó constituida en la siguiente forma: director, excelentísimo y reverendísimo señor doctor don Francisco Barbado Viejo, dominico, obispo de Salamanca; vicedirector primero, doctor D. Lorenzo Miguélez Domínguez; vicedirector segundo, doctor D. Laureano Pérez Mier; vicesecretario, doctor D. Lamberto de Echeverría. Más tarde fué nombrado secretario el doctor D. Manuel Bonet Muixí. Después cesó, por renuncia en su cargo de vicedirector segundo, el doctor Pérez Mier, siendo promovido a ese cargo el doctor Echeverría, quien, además, continuó con la dirección de la revista. Son colaboradores actualmente el reverendo padre Regatillo, S. J.; el doctor Pérez Mier, el doctor D. José Maldonado y el doctor D. Ramón Baucells.

Además de la vida interna, que no trasciende, pero que es la más necesaria e importante, ha producido ya este Instituto espléndidas manifestaciones vitales al exterior. En efecto, ha celebrado con pleno éxito tres Semanas de Derecho Canónico, las cuales, a semejanza de las de Teología, de las que tomaron modelo, no sólo han sido útiles para pasar revista a las fuerzas canónicas en España, sino que han producido ya frutos reales copiosos de investigación, de orientación y, sobre todo, de coordinación de esfuerzos y de iniciativas. Testigo es la preparación, que se dice ya en plena marcha, de la edición crítica de la *Hispana*, a la que contribuye con su valiosa aportación este Instituto, aunados sus esfuerzos a los del Instituto Padre Enrique Flórez, de la Escuela de Estudios Medievales y del Instituto de Estudios Jurídicos, todos del Consejo.

La *Revista Española de Derecho Canónico*, órgano del Instituto, está por entero consagrada, desde el primer número, aparecido en 1946, única y exclusivamente a los estudios canónicos. He aquí cómo la presentaba la Dirección: «Fin próximo e inmediato

de la misma es difundir la cultura canónica española dentro de las fronteras de nuestra Patria; pero aspira también a ser el portavoz de dicha cultura en el extranjero, sobre todo en los países de lengua española. Va dirigida a todos los que sientan afición a los estudios canónicos y a todos aquellos que por razón de su profesión tengan necesidad de conocer más a fondo las leyes de la Iglesia. Por eso ocuparán lugar preeminente en sus columnas y constituirán, por decirlo así, el núcleo de la misma los estudios y los trabajos de investigación canónica, tanto histórica como dogmática; pero ello no ha de ser obstáculo para que se atienda también, con la debida proporción, a cuestiones canónicas prácticas, que puedan interesar no sólo a los canonistas especializados, sino también a todos aquellos que tienen que aplicar o colaborar en la aplicación de las leyes de la Iglesia, cuales son las curias eclesiásticas y civiles y los abogados en ejercicio.»

Sus obras publicadas desde 1946 son: *La Rota española*, su autor, doctor D. Pedro Cantero; *Sistemas de dotación de la Iglesia católica*, su autor, doctor D. Laureano Pérez Mier; *La penitencia en la primitiva Iglesia española*, su autor, reverendo padre Severino González Rivas, S. J.

* * *

A sabiendas hemos restringido esta información al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, no porque no exista otra cultura eclesiástica que la suya, como es evidente que existe, sino porque habría sido tal la amplitud de la materia, que, en el espacio señalado, ni siquiera en enjuto índice la hubiéramos podido abarcar. Aun de los tres Institutos informados apenas hemos podido atender más que a líneas generales, desechando por premuras de tiempo y de espacio adentrarnos en otros muy importantes pormenores de indudable valor informativo.



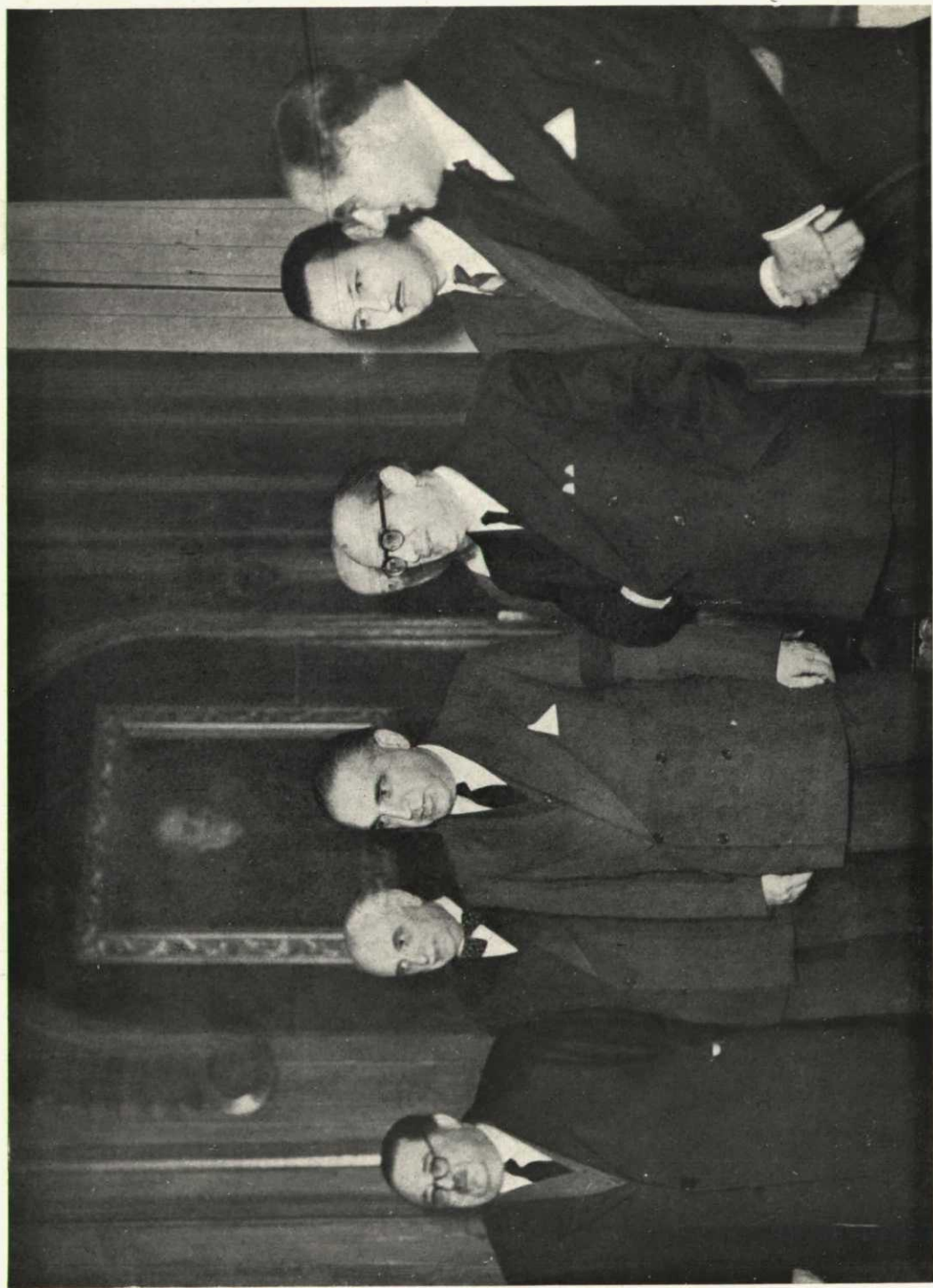
NUEVO CURSO DE CONFERENCIAS EN EL ATENEO DE MADRID

El día 10 de enero se inauguró el curso de conferencias del presente año en el Ateneo de Madrid, con una disertación del doctor D. Gregorio Marañón, titulada «La Medicina dogmática y los médicos».

Al acto asistió el ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín, acompañado por el presidente de la docta casa, D. Pedro Rocamora.

El doctor Marañón comenzó diciendo que no había sentido temor de llevar la crítica de la Medicina ante un público general, y advirtió que, pese a sus grandes avances, atraviesa la Medicina en la actualidad un momento grave, debido al recrudecimiento del dogmatismo, sin el cual sería «una actividad adorable, hecha de partes iguales de ciencia, de arte y de oficio».

Recordó la definición de *dogmatismo* por el diccionario de la Real Academia Española de la Lengua, y afirmó que en la hora presente alcanza proporciones amenazadoras en el campo de la Medicina. Trajo a colación la extraordinaria figura del padre Feijóo, que en el siglo XVIII se opuso a la corriente dogmática seudofilosófica que dominaba a los galenos, con el arma de su talento y su



El doctor D. Gregorio Marañón, en el acto de la inauguración del curso de conferencias del Ateneo de Madrid, acompañado del Ministro de Educación Nacional, D. José Ibañez Martín; del presidente del Ateneo, D. Pedro Rocamora, y otras personalidades.

sentido común, y denunció que vivimos un momento semejante. «Las dos formas del dogmatismo —prosiguió— con el profesionalismo y el cientificismo. El primero es el afán de convertir en profesión lucrativa un arte que debe guiar el altruismo. El cientificismo consiste en dar a la Ciencia un valor de dogma, en considerar verdades inconcusas conocimientos imperfectos. El creer y hacer creer que se sabe todo.» Combatió a quienes viven demasiado pendientes de las «últimas noticias», de las revistas recién aparecidas, de los más recientes congresos, de los libros de divulgación frescos de tinta de imprenta. «En el terreno práctico —añadió—, el cientificismo se manifiesta en varios aspectos peligrosos. Uno de ellos es la terapéutica agresiva que hoy impera, y a la que se ha dado en llamar, con nombre escalofriante, *terapéutica de choque*. El prurito de aplastar a fuerza de drogas los síntomas de la enfermedad es inadmisibile, porque ahora se halla superada la Medicina sintomática, y se tiene cada día más clara impresión de que muchas enfermedades no sólo no deben ser suprimidas, sino que lo prudente y lo científico es respetarlas, porque representan estados de defensas de un organismo débil, que sólo a la sombra de lo patológico puede subsistir.»

Entró a continuación en lo tocante al dogmatismo en el terreno de los planes de alimentación, que en la mayoría de los casos se fundan en postulados teóricos, y comentó las diversas variaciones de nombres que han ido sufriendo las enfermedades

Por último, el doctor Marañón insistió en que todas sus críticas no implicaban, sino muy al contrario, su desamor a la Medicina. Manifestó que, en cuanto al porvenir de esta ciencia, se anuncia maravilloso: «Hay que estar preparados para ello. Los elegidos por la Providencia hallarán los caminos nuevos. Los demás tienen la obligación de hacer de la ciencia y la profesión médicas, no una actividad dogmática y pedantesca, sino cordial, humilde y llena de humanidad. O sea: antidogmática.»

Al concluir el doctor Marañón, una ovación larga, calurosa, del público, premió sus palabras.

DIEZ AÑOS DE ARQUEOLOGÍA

Por CECILIO BARBERAN

UNO de los más altos afanes de la nueva cultura española es, sin duda, todo cuanto respecta a las ciencias históricas; aspecto preferente de ellas ocupan los estudios de la prehistoria. La juventud universitaria sintió en reciente día el anhelo de cultivar estos estudios con la mayor intensidad. Y esta aspiración la recogió el ministro de Educación Nacional, creando en 1939 la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, organismo que había de velar por cuanto a esta disciplina científica respecta.

Digna de elogio es la labor realizada por dicha Comisaría; bastaron a la misma unos meses sólo para extender su representación, por medio de comisarios provinciales, en todas las capitales de la Península y en aquellas otras ciudades que se consideran núcleos de alto valor arqueológico.

Gracias a dicha organización, han bastado diez años para que la Comisaría General rinda a la nueva cultura española los frutos científicos más valiosos. Estos acaban de ponerse de manifiesto en la Exposición de Diez Años de Arqueología, que el día 12 de enero pasado inauguró en los salones de la Biblioteca Nacional el señor

ministro de Educación Nacional, como primer acto de la Primera Asamblea Nacional de Comisarios de Excavaciones Arqueológicas, exposición patrocinada por la Dirección General de Propaganda.

* * *

¿Qué valores concurren en esta obra exposicional? Uno muy singular, sin duda: el aportar a las ciencias históricas del mundo actual una labor arqueológica genuinamente española. Ha pasado ya bastante tiempo para que la obra de este género que abordaran los Cabré y los Mérida tenga una mayor amplitud, haya formado un cuerpo de investigadores que aportan los estudios más nuevos y autorizados. Entre las investigaciones de aquéllos y las clasificaciones de Hoernes y F. Benn surge una nueva escuela española de arqueología, que alumbra los conocimientos más valiosos.

Nada más interesante para conocerlos que la Exposición que vamos a visitar. Esta abarca los siguientes contenidos: I. Arte e industria en los pueblos cazadores y recolectores hasta 10.000 años antes de Jesucristo.—II. Pueblos pastores hasta 3.000 años antes de Jesucristo.—III. Canarias prehistóricas.—IV. Pueblos agricultores y metalúrgicos del bronce hasta el 600 antes de Jesucristo.—V. Feudalismo pastoril de los metalúrgicos del hierro (año 133 a. J. C.): Caída de Numancia.—VI. Romanización y cristianización.—VII. La España visigoda.—VIII. Investigación arqueológica del Africa española; y IX. Arqueología aérea.

Las obras pertenecientes a estos períodos tienen por marco las más espléndidas vitrinas; en ellas figura también una extensa colección de fotografías, muchas de ellas obtenidas con la aviación, que nos dan la más fiel idea de las ciudades y zonas exploradas arqueológicamente.

* * *

Dos amplios y suntuosos salones recogen la obra realizada durante diez años por la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas, con la colaboración de sus comisarios provinciales. En ellos se pone

de manifiesto el tenaz esfuerzo de los nuevos cultivadores de las ciencias históricas españolas.

Se comienzan a manifestar éstos en la primer sala de la Exposición con el mapa que preside, y que señala la expansión hispánica entre los años 17.000 y 16.000 antes de Jesucristo. La primera de sus vitrinas está destinada a exponer las obras obtenidas en la primera investigación arqueológica en Africa, realizada en las localidades de Orán, Smara, Meserah y Guinea, exploración que dió por resultado abundantes piezas de cerámica, armas, collares y silex de gran analogía con los peninsulares de distintos períodos. Junto a estas piezas figuran dos mapas que recogen los valores estéticos del parietal levantino; también dos gráficos de la Comisaría Provincial de Excavaciones de Castellón, del abrigo IX del Single, con interesantes pictografías de jabalíes y ciervos.

En la vitrina segunda nos es dado admirar dos interesantes mapas: el primero registra los metalúrgicos de la Edad del Bronce, y el segundo, la introducción de la agricultura en España (3.000 antes de Jesucristo). Interesantes son las piezas del monolítico hispanomaauritano halladas en la Cueva de San Simón, de Gerona. El antecedente más concreto de una cultura está en dicha vitrina también; lo representan unas valiosas piezas de cerámica romanoarábica de Paterna, obras del siglo XII, origen de las actuales de dicho alfar. Al lado de estas piezas se exponen las prehistóricas halladas en Serriña, consistentes en collares de hueso, punzones y cerámica.

La obra cultural de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas se registra en la vitrina III, donde se exponen todas las publicaciones editadas por la misma, documental de libros, revistas y opúsculos de singular valor en el área de dicho campo de estudios.

Notable documental son los gráficos de las pinturas rupestres de Ares del Maestre (Castellón), pertenecientes al abrigo X del Single, así como la maqueta del Hipogeo de Alcaide (Málaga). A continuación, un mapa nos informa de la red de Comisarías Provinciales que trabajan con el mayor desinterés en todas las regio-

nes de España. Pero la obra más interesante de todas es, sin duda, el gráfico que reconstruye parcialmente la escena bélica de la Cueva del Civil, de Tirig (Castellón), verdadera pintura mural, donde el artista de la caverna reflejó maravillosamente todo el dinamismo que puede tener una pintura moderna.

En la vitrina IV se nos muestra el mapa del arqueolítico peninsular, que corresponde de los 500.000 a los 60.000 años antes de Jesucristo. Otra vez se hace presente en este lugar la obra de nuestra exploración arqueológica aérea, con notables fotografías de las localidades de Lixus, Tamunda, Monte Berro, Castro Cecilia e Itálica. El Seminario de Historia Primitiva del Hombre, de Madrid, aporta piezas de cerámica y sílex que alumbraron sus exploraciones en el Manzanares.

* * *

Cuando entramos en la sala II de la Exposición de Diez Años de Arqueología parece que damos un salto de miles de años, que nos sitúan ante culturas que nos son ya familiares.

Aparecen éstas, al recorrer la vitrina que cubre todas sus paredes, en las fotografías que registran las exploraciones arqueológicas realizadas en Mérida; valiosas piezas romanas nos ponen en antecedentes de la importancia que tuvo dicha cultura en aquel rincón del suelo peninsular.

Pero la obra más sugestiva acaso sea la alumbrada en las excavaciones de Cuéllar y Durantón (Segovia). La constituyen una colección de piezas visigóticas, que impresionan como el tesoro más fantástico; piezas de metal con ricas incrustaciones de vidrios y perlas preciosas.

A continuación, en una vitrina independiente, se expone otro tesorillo: las piezas de collares, arcos, fíbulas, pendientes y monedas en oro halladas en Alcudia, Alanís y Córdoba.

Continuando la visita por la vitrina, vemos un mapa que nos informa de la vida pastoril de la Península entre los años 10.000 y 3.000 antes de Jesucristo. Una valiosa aportación de piezas de

sílex encontradas en el condado de Turís, alternan con las de cerámica de Corella (Navarra) y otras de hierro y tierras cocidas de Alava, junto a unas placas de pizarra de Diego Alvaro (Avila).

Un mapa del neolítico nos informa de la extensión e influencias que tuvo esta cultura en nuestra Península. Después admiramos una de las aportaciones más bellas de la Exposición: la forman las pequeñas esculturas de El Cigarralejo (Murcia), estatuillas detalladas en donde se ve que el iberismo de su escuela está ya informado por el primor de la escultura arcaica. A la misma influencia responde la figura femenina, de Sóller, y las rotundas cabezas retratos en mármol, de Alcudia.

La sala está presidida por una escultura ibérica de valor singular: la Efigie de Háchez, obra representativa del arte de dicho período.

Otro autorizado mapa nos muestra la romanización de la Península; en la vitrina donde figura se exponen también valiosos ejemplares de cerámica de la región levantina, lagrinatorios romanos, fíbulas y falcatas de hierro. Una fotografía nos muestra una colección de lanzas ibéricas. Destacado interés despierta el tesorillo de Dieves, compuesto por numerosas piezas de plata primorosamente labradas.

La Diputación Provincial de Albacete envía una valiosa colección de vidrios romanos y vasos de cerámica de tipo levantino. Otro mapa nos señala la extensión que tuvieron en la Península los metalúrgicos del hierro. Gran interés tiene a continuación el ajuar funerario del sepulcro de cúpula de la Zorita (Huelva), constituido por vasos, hachas de sílex y punzones de hueso.

Centra este plano de la sala un magnífico retrato de personaje romano, encontrado en Antequera (Málaga), y a continuación admiramos en las vitrinas el ajuar funerario de un enterramiento de comienzos de la Edad del Bronce, de Sant Olaguer (Sabadell); otro ajuar de una sepultura del neolítico reciente de Sant Quirze de Galliners, explorado por la Comisaría de Barcelona.

La arqueología insular está representada con las obras de sílex de Taboras (Tenerife) y los vasos de Gárigos.

Característica singular ofrecen los objetos pertenecientes a la región de Guipúzcoa, tales como un cráneo copa y unos restos humanos, amén de una fotografía del esqueleto del *Ursus Spe-laeus*. Un mapa que señala la colonización de la Península, junto a una colección de piezas de Ibiza, constituidas por cerámica, placas grabadas, esculturas y candiles romanos, dan fin a la Exposición.

* * *

Al punto de terminar de recorrer las vitrinas donde se exponen las obras, fruto de diez años de tareas arqueológicas nacionales, crece nuestra admiración; este tiempo ha sido el suficiente para formar una Exposición de tan singular valor; también para poner de manifiesto la cultura y preparación de una serie de hombres para rendir labor de tan eficiente valor como ciencia histórica. Estos estudiosos de nuestras provincias han comenzado a sentar con la Exposición que visitamos un jalón que han de tener presente de ahora en adelante los estudiosos del mundo cuando quieran conocer el lejano vivir de este extremo del continente europeo.



HOMENAJE AL PERIODISMO ANTIGUO

SESION ACADEMICA EN HONOR
DE D. FRANCISCO VERGUDO LANDI

EL día 31 de enero tuvo lugar un homenaje al periodista don Francisco Verdugo Landi, fundador de «Prensa Gráfica», con motivo de sus bodas de oro con el periodismo.

En dicho acto intervinieron el Marqués de Lozoya, don Rogelio Pérez Olivares, don Alberto Insúa, don Cristóbal de Castro, don José Francés y don Federico García Sanchíz.

El Director general de Propaganda y Presidente del Ateneo de Madrid, don Pedro Rocamora, pronunció en dicho acto el siguiente discurso :

Con profunda timidez me asomo, señoras y señores, a esta admirable y difícil antología de la oratoria. Pero de tal inquietud me salva la voluntad de no rehuir la presencia y la palabra en un acto en el que, por distante que yo estuviera ahora de aquí, estarían fijos el corazón y el pensamiento.

Porque don Francisco Verdugo es la actualidad viva de un pe-

riodismo que tiene, en mis recuerdos, un emocionado poder de evocación.

El único título, por lo tanto, que yo puedo admitir para encontrarme hoy entre vosotros, es que la profesión del periodismo reaviva en mí aquellos sentimientos de amor y de respeto con que la contemplaba en los años de mi juventud y que ahora, a través del tiempo, palpitan en mi recuerdo como vibraba en los hogares de la antigüedad la llama viva de un fuego sagrado por el que los hijos mantenían, encendido siempre, sin descanso, aquel culto íntimo al nombre, a la tradición y al honor familiar.

El periodismo como sacrificio

Por eso, mi voz tiene que representar aquí la de esa generación, en cierto modo joven, que supo saborear las delicias de un periodismo ya remoto y que hoy viene a rendir el tributo de su admiración a don Francisco Verdugo Landi, como símbolo de otra generación distante de la nuestra que, ahora como entonces, nos sigue dando la pauta de su difícil ejemplaridad.

Cincuenta años de periodismo, son algo así como una condena, como si dijéramos cincuenta años de galeras o medio siglo en la esclavitud. Porque la verdad es que ninguna profesión como la vuestra exige tan entera consagración de una vida a esa empresa diaria, en la que el ingenio tiene que rendir, con dulce sonrisa, a veces casi suavizándolo con gesto de frivolidad, su inesquivable tributo a las exigencias de un público, ignorante muchas veces, otras versátil y tornadizo, la mayoría de ellas terrible e implacable como un Dios.

El sacrificio de la profesión periodística, es como el de ninguna otra. En ella, la vanidad literaria no tiene lugar. El eco posible del nombre se estrella contra las barreras infranqueables del quehacer anónimo. La coronación de cada jornada no supone el reposo, sino que abre otra nueva etapa de desvelo para la inteligencia. El periodista es el vigía del mundo circundante, que ocupa

la vanguardia de la historia y a quien la vida le niega, en la vejez, la corona ganada del descanso.

Sin retiro, sin jubilación, ni clases pasivas, el periodista español es ese atlante que todos los días levanta el mundo con su esfuerzo para enseñárselo a las gentes y que repetirá esta empresa de titán todas las jornadas de su vida hasta que, un día, ese mundo fabuloso se le escape de entre sus manos y, cayendo sobre él, lo aprisione entre las garras de la tierra, en una terrible eternidad de olvido y de silencio.

Por eso, conmemorar cincuenta años de labor periodística equivale a descubrir la historia de una vida en la que, sin retóricas ni tópicos, los conceptos de sacrificio y de servicio han encontrado su más solemne y admirable realización humana.

Instrumento de la cultura y servicio de la verdad

Si el periodismo supone sacrificio, la razón última de este es su consagración a la verdad y a la cultura. El que informa deberá decir siempre lo que es verdad, no lo que debe filosóficamente serlo, sino la verdad circunstancial de cada hora que, sumada a aquellas otras verdades históricas por las que los pueblos se apasionan en grandes empresas trascendentes, simbolizan ese repertorio de ideas esenciales que son, en último término, la cultura de un pueblo.

De ese elenco de principios fundamentales que resumen en cada ciclo de la Historia, según la tesis orteguiana, el nervio y la entraña de la cultura, el periodista es instrumento difusor incomparable. A la sutileza de su talento está encomendada la vulgarización de doctrinas que, como la Política, la Historia o la Filosofía, tienen que constituir la corriente soterrada de su vena intelectual. La prosa periodística significa la cultura de un pueblo, decantado en dosis de sutiles medidas, en las que el genio del escritor marca el equilibrio y la ponderación.

La poesía del periodismo antiguo

Pero entre el periodismo de hace cincuenta años y el de ahora, la Humanidad se ha encargado de trazar un camino cada vez más ensombrecido por la niebla de la amargura. Las páginas del *Mundo Gráfico*, *Nuevo Mundo* y *La Esfera* eran como banderolas multicolores, en las que cada semana la dulce poesía del tiempo llamaba a las puertas de nuestra infancia para saludarnos con alegres noticias. En sus inolvidables fotografías vive el mundo lírico de nuestra niñez. Los jueves sin colegio, las tardes del viejo circo Pharis, los paseos en la Plaza de Oriente y el brillante espectáculo de la parada, que nos enardecía el alma de ilusiones castrenses. Y acaso también aquellas horas en que la adolescencia era ya como un madrigal delirante que nos llenaba de poesía la razón, y que cada nueva primavera traía, en las mañanas iluminadas del Parque del Oeste, la esperanza de un nuevo amor.

Era la época feliz en la que en los periódicos podían escribirse artículos sobre la nieve o sobre las rosas; en las que la estatua de la Cibeles aparecía una mañana envuelta en la capa de un castizo, mientras «Azorín» se paseaba con su inevitable paraguas rojo por los derribos de la Gran Vía.

Hubo una guerra en el mundo, y también nosotros teníamos abierta la llaga de Marruecos. Pero el periodismo no había caído aún en ese pecado sensacionalista que hoy pesa sobre él como una bíblica condenación.

Los periódicos que Verdugo Landi dirigía estaban escritos con esa ternura poética que hacía de las pequeñas cosas de la vida vulgar un gran tema para un reportaje. Entonces fué posible que un director de un periódico escribiera un delicioso y lírico editorial sobre la llegada de las golondrinas.

Hoy, como ayer, sigue habiendo rosas y pájaros en la tierra; pero el periodismo no es ya aliado de la poesía, sino el oscuro pregonero—trágico y augural—de los ángeles del terror.

Porque aquel viejo mundo del periodismo de Verdugo Landi nos llenó de alegres horizontes la vida, y porque, gracias a él,

nuestra juventud pudo saltar y correr por sencillos y luminosos paisajes, en los que, sobre la heráldica de paz, en nuestro corazón campeaba la cimera de una sonrisa, yo he querido venir a sumar mi voz a este homenaje. La Prensa actual sirve hoy, con denuedo difícil, la razón y el honor de la Patria, de la que Franco es el mejor Capitán. Pero la injusticia de los pueblos—donde la incomprensión y la maldad corren parejas—ha reavivado la vigilia militante de nuestros corazones.

Hoy la Historia canta en acordes de epopeya lo que hace medio siglo se medía al compás del más dulce lirismo. Y ya no se escriben artículos sobre las golondrinas, sino sobre la crisis de las bayonetas y la aurora fantasmal del uranio y los átomos.

España nos sigue atando a todos en la misma voluntad de honor y de grandeza. Mas el periodismo ha acabado ya su viejo discurso sobre las Letras, y hoy las nuevas generaciones saludan a los que, como Verdugo Landi, han llegado a la cumbre de la gloria con el blandir combativo de sus armas. Y es que, señores, las palmas de laurel con que se festejaban los antiguos triunfos literarios fulgulan ahora, ante nosotros, con el deslumbrante relucir de heroicas y desnudas espadas.»

Después del discurso del Sr. Rocamora, el Sr. Verdugo agradeció con emocionadas y encendidas palabras el homenaje que se le tributaba.



LOS LIBROS

ARMANDO PALACIO VALDES, SU VIDA Y SU OBRA,
por ANGEL CRUZ RUEDA. — Editorial Saeta.
Madrid, 1949. — **JOSE ECHEGARAY. EL MADRILE-**
ÑO TRES VECES FAMOSO, por AUGUSTO MAR-
TINEZ OLMEDILLA. — Madrid, 1949.

Es un Madrid lejano y quieto, un Madrid con monedas de plata, coches de punto y por delante mucho tiempo para consumirlo en el Suizo o para charlar alrededor de la estufa en la trastienda de la librería de Fe, para, después de la «cuarta» de Apolo, acudir a Fornos a ver cómo se muere la madrugada. Un Madrid al que todos los días llegan cansinos, cual si fuesen carretas tiradas por bueyes viejos, los trenes que enlazan a la Corte con las cuarenta y nueve provincias españolas. En ellos vienen las mercaderías, los mozallones a servir al rey, y algún día lo hace, con una maleta preparada con cuidado por la madre, unas cuartillas emborrionadas y un par de cartas de recomendación, un mozo cargado de ilusiones, un mozo que viene a esa cosa tan bonita y tan juvenil de conquistar la gloria. Y, naturalmente, los que llegan tienen poco más de veinte años, y se creen que lo de esa conquista es tan fácil como llevarse a una modista a un reservado de la Bombi.

Luego, naturalmente, surge la desesperanza. La desesperanza en todos los casos: en el primero, porque la «modis» no se les da, y en el segundo, porque el día que consiguen a la «gachí» que se llama la «gloria», y no precisamente de nombre de pila,

ellos ya están sólo para sopitas y buen vino. El Madrid de las letras y las artes, de la ciencia y el «todo Madrid» de cuando se va el siglo XIX y viene a la vida el nuestro, es el que ahora, en términos de evocación precisa, han traído a las páginas de dos libros Augusto Martínez Olmedilla y Angel Cruz Rueda.

Nos han traído el escenario alegre y simpático, gracioso y desenfadado, y también serio cuando ello es preciso, de un Madrid que está más lejos de nosotros que lo que el tiempo contado en años nos separa. Sobre él, Cruz Rueda y Martínez Olmedilla han colocado a dos hombres que son exacta representación de aquellos días.

Con Angel Cruz Rueda caminamos del brazo de D. Armando Palacio Valdés, el patriarca de la novelística de su tiempo. Sus horas de Asturias, sus jornadas madrileñas, sus días de triunfo, la Academia, la vida de sus libros, París, la vejez tranquila, la muerte en un clima de frío material y moral. Todo con minuciosidad, todo esmaltado de anécdotas, de noticias que nos hacen creernos los íntimos del autor de *La hermana San Sulpicio*, al que no tuvimos la dicha de conocer.

Don Armando viene a nosotros del brazo del buen erudito Angel Cruz Rueda; con el excelente escritor, maestro en la biografía novelada, que es Augusto Martínez Olmedilla, llega D. José Echeagaray, matemático y comediógrafo.

Don José es madrileño, y como tal lo vemos en su Madrid desde la hora de su nacimiento a la de su tránsito mortal. ¡Qué gracia, qué vivacidad, qué colorido, qué realidad tan perfecta, tan de cuadro o de fotografía, ha sabido darnos Augusto Martínez Olmedilla entre las páginas de su biografía, que se lee, como todas las que él escribe, con demasiada prisa—tal es el ritmo de interés que en ellas coloca—, con demasiada pena de ir a terminar!

El personaje está vivo y grande como en sus días del Nobel, como en la estampa del Ateneo con su gabán y sus pieles, como en sus noches de triunfo. El personaje está vivo, como lo está D. Armando en las páginas de Cruz Rueda: vivos, uno y otro, en su tiempo pasado y feliz. Y es, sobre todo, sobre sus días, lo que Martínez Olmedilla y Cruz Rueda han evocado con más belleza y gusto, con más exacta realidad.

Feliz idea la de los dos buenos escritores que son Cruz Rueda y Olmedilla al salvar de un olvido injusto a aquellas dos grandes figuras del teatro y la novela que fueron D. José de Echeagaray

y D. Armando Palacio Valdés. Ahora, con sus biografías, los estudios del presente y del porvenir ya tienen dos libros sinceros y cuidados a los que acudir en su natural deseo de saber de ellos.

JUAN SAMPELAYO

SALVADOR DALÍ, VISTO POR SU HERMANA,

por ANA MARÍA DALÍ. — Editorial Juventud.—Barcelona, 1949.

Después de una tremenda y escandalosa biografía daliliana, tenía que llegarnos, y bueno era cualquier camino, un libro que nos centrase la figura del que es, sin duda de ningún género, uno de los primeros maestros de la pintura universal, uno de los primeros maestros de la pintura de los días presentes. Tenía que venir un libro en el que Salvador Dalí cobrase los rasgos de humanidad sencilla de los que él ha querido, en gesto muy «snob», desprenderse en su «vida secreta», y aún no hace muchos días—cuando escribimos esta nota—, en el «manifiesto» con que ha respondido a la aparición del libro de su hermana Ana.

Ana María Dalí, con infinita sencillez, ha ido anotando en un cuaderno de recuerdos ingenuos y felices los de sus días de infancia en el hogar burgués de sus padres, los veraneos en las playas catalanas, las horas de juventud primerísima, para presentarnos a un Salvador Dalí niño un poco gritador, a un joven sencillo, a un normal estudiante que nada tiene que ver con las imágenes de otros Dalís deformados y atroces.

Es una estampa muy comienzos y mediados de siglo la de Ana María Dalí en su libro; una estampa que nos brinda la de un clima burgués muy conocido, casi vivido por tantos de nosotros. Hay, naturalmente, en Salvador Dalí, pese a un carácter y unas costumbres sencillas en días de infancia y juventud, una indudable y genial llamarada, que era ya nuncio fidelísimo del gran maestro, del artista genial que sería un día, que es hoy, digamos en una palabra, Salvador.

Paisaje y ambientación de la obra, lo ha realizado a la perfección Ana María Dalí; ambos tienen la virtud de todo lo vivido. Padres, familiares, casas, criados y amigos, son gente muy nuestra, ya en lo físico, ya en la psicología de todos y cada uno de ellos. Dentro del libro de Ana María hay que traer a un primer

término, al lado del pintor, al gran poeta que fué en vida Federico García Lorca. Del que quedan apuntados en la obra que reseñamos buen número de datos de admirable interés; datos totalmente inéditos para el biógrafo que tome sobre sí la grata tarea de escribir su vida.

Sus rasgos biográficos y sus cartas a Ana María—quien deja ver un inmenso y dulce afecto por el poeta—son documentos inestimables para historiar—repitámoslo—el vivir del poeta. Cartas cargadas de gracia y nostalgia poética, de gracia, belleza y poesía, como lo están los dibujos que las acompañan y que ilustran el libro de Ana María.

Bien que Salvador Dalí lance manifiestos y proclamas, el libro de su hermana no puede perder—ni la perderá—sencillez y verdad; no puede perder la bondad; no puede hacer perder a Salvador, aunque él lo quiera, su aire de niño algo armador de naturales «perras», de joven muy clase media española, con todas sus virtudes, aunque quiera parecer gritador y escandaloso.

Salvador Dalí, visto por su hermana, es, sin duda alguna, un libro sincero y entretenido; un libro que como documento guarda gran valor y como lectura entretenida lo es de verdad.

La Editorial Juventud ha puesto en la presentación de la obra singular cuidado, avalorándola con muchas buenas e interesantes fotografías.

J. S.

LA DUQUESA DE ALBA Y SU TIEMPO,

por los Dres. BLANCO SOLER, PIGA PAS-
CUAL y PEREZ DE PETINTO. — Ediciones
Epesa.—Madrid, 1949.

Una gran dama y un tiempo pasado que siempre despiertan la mayor pasión y el máximo interés, fueron la Duquesa de Alba y los días majos en que viviera. Historiadores y novelistas han gastado mucha tinta, aquí y fuera de España, en darnos cuidados relatos o caprichosas interpretaciones—alguna no falta de exagerada malicia—en torno de los días dieciochescos y de la gran señora que, pese a su aire majo y castizo, fuera la Duquesa Cayetana de Alba. Alguna historia y mucha leyenda en torno a ella, a su vida, a los que se dijeron sus amores, y también—y esto no podía faltar—en torno de su muerte, que se quiso recubrir de

misterio, de un grave velo; tal es el que impone el de un caso de envenenamiento, del que tanto se hablara en su época y también en otras muy posteriores.

Para salir al paso de toda esa literatura, es decir, para tomar una actitud de caballeros españoles, han escrito ahora este libro tres historiadores literatos. Tres caballeros que unen a este alto y primerísimo título aquellos otros de historiadores y doctores en Medicina. Y es a la doble luz de la Historia y de los más rigurosos métodos científicos a la que Blanco Soler, Piga Pascual y Pérez de Petinto analizan el vivir y la muerte de la Duquesa de Alba, señora ejemplar, madrileña castiza y bonita de aquel alegre y lejanísimo Madrid del XVIII.

Es un tapiz goyesco o un lienzo de Vicente López el cuadro en el que vemos a María Cayetana y a las personas de su época. Un tapiz de ricos colores, de bellos bordados con muchas figuras. Sobre aquél, los hechos más característicos de la época, y sobre éstos y las personas, perfilándose con su gracia y su belleza, María Cayetana. Así la vamos conociendo y tratando; así vamos calibrando su personalidad en todos los terrenos; así los autores nos sitúan ante aquélla y sus reacciones varias, que ellos, en un científico entendimiento, analizan como si la Duquesa se hallase presente, como si fuera un personaje de estos días, al que se pudiera practicar el psicoanálisis.

Del vivir de la Duquesa, del análisis frío y perspicaz que nos hacen los tres médicos-historiadores, vemos claramente que no hubo amores ilícitos entre la dama aristocrática y el genial pintor aragonés que fuera D. Francisco de Goya. Esto se aclara; se purifica todo a lo largo del texto en bien fundadas suposiciones. Pero aún para aclararlas más, para hacerlo más real, preparan estos días un nuevo libro, que pronto habrá de ver la luz, los autores del que ahora recensionamos.

La dama y su tiempo son una parte muy bella y muy cuidada de este gran libro—cuajado de notas de singular interés, ya anecdótico, ya formalista, de fotografías y documentos—, que es lectura para los estudiosos y para aquellos que busquen en la obra un mero placer de entretenimiento.

El libro, en su segunda parte, aquella que evidencia que la Duquesa murió de enfermedad y no envenenada, tiene, dentro de un absoluto rango científico, un interés también evidente para cualquier lector.

Serio, documentado trabajo médico-legal es el de los tres doc-

tores autores de este libro, en que no han dejado nada sin observar, en que nada se les ha escapado. Y así, de una manera real pueden afirmar, a la luz indiscutible del alto cientifismo de la Medicina Legal, que la Duquesa de Alba no murió envenenada, como afirmaron los «bulistas» de sus días.

Gran estudio legista, con muchas horas de trabajo en el laboratorio, que luego han interpretado felizmente y han expuesto con aire sencillo y ameno, es el de *La Duquesa de Alba y su tiempo*. Un libro de interés singular, que viene a enriquecer la copiosa bibliografía ya existente en torno al XVIII y a la de Alba. Libro que se avalora, fuera de sus fotografías y documentos, por un prólogo del descendiente de María Cayetana, el ilustre historiador, hoy Presidente de la Real de la Historia, Duque de Alba.

Por último, hagamos una merecida mención de cómo la Editorial Epesa ha cuidado en todas sus partes la presentación de este gran volumen.

J. S.

ECRIVAINS CONTRE MEDECINS,

por el Dr. FRANCOIS SALIERES.—Editions Denoel.—París, 1949.

El autor es un «docteur» francés, bien distinto, por cierto, del «professor» alemán o de los apellidos precedidos de iniciales, tan gratos a los seguidores de la moda anglosajona, y, como médico, pretende justificar a sus colegas frente a los agravios inferidos a la clase por los escritores contemporáneos. Hay, sin embargo, a manera de introducción, un delicioso capítulo, lleno de «esprit», donde el Dr. Salieres recuerda cómo en todo tiempo ha constituido el médico uno de los blancos predilectos de la sátira de los literatos. Resultan graciosas las diatribas contra la sufrida corporación médica, expresadas en versos de Ronsard o de Boileau y no faltan tampoco las alusiones a nuestro Cervantes, «enemigo ardiente de los medicastros», y al Dr. Sangrado y a su terapéutica infalible para todas las enfermedades, que constituye uno de los episodios más regocijantes del *Gil Blas*, de Le Sage. Pasado el siglo XVIII, verdadera Edad de Oro para el charlatanismo en Medicina, e iniciada la época moderna del desarrollo científico del arte de curar, se nota una tregua en los ataques, algo así como un margen de confianza que los literatos conceden a los nuevos mé-



todos basados en el control experimental e incluso hay casos en que los elogios suceden al menosprecio de épocas pasadas. Pero aún así y todo, existen en la literatura del siglo XIX muchos autores que gustan recargar con negras tintas los temas morbosos. Los médicos sufren las salpicaduras de una moda literaria de tesis social, muy al gusto de las masas populares. En novelas interminables, de un realismo algo rudimentario, se sacaron a relucir hacia mediados del siglo, tanto en Francia como en Inglaterra, buena parte de las lacras que afligen a la Humanidad. Más tarde, la novela naturalista penetra también sin rebozo alguno en las salas de los hospitales y en las alcobas de los enfermos y pone en relación al lector con médicos y comadronas sin conciencia.

En la época actual, se acentúa la tendencia de que los temas de Medicina pasen al dominio del público. Los enfermos no se conforman ya con escrutar la expresión grave del médico, parco en palabras y prudente en los diagnósticos, que formula sus prescripciones sin hacer de ellas tema de conversación; por el contrario, pretenden saber con detalle qué es lo que tienen, cómo ha de evolucionar su enfermedad, y los fundamentos de la terapéutica prescrita, y hay una clase de pacientes «enterados» que someten el tratamiento propuesto a la previa censura de su buen juicio y del de sus amigos. El progreso de las ciencias médicas se acentúa, cada día surgen nuevas terapéuticas más o menos infalibles y su divulgación por la prensa es tan rápida, que en algunos casos los profesionales suelen conocerlas antes por los diarios que por las revistas científicas. Por otra parte, la novela psicológica, después de agotar prácticamente la descripción de los tipos corrientes en la vida, obtiene éxitos insospechados al crear personajes monstruosos, y se produce un ambiente favorable para tratar temas donde la Patología juega principal papel. Se escriben así obras más o menos de «divulgación», al alcance del gran público, en las cuales, los escritores a la moda, colman el interés de los lectores al tratar con amenidad de la clínica, del hospital o de los más intrincados problemas de la herencia patológica. A este tipo de literatura se refiere en su libro el Dr. Salieres, enfrentándose principalmente con las dos obras que han alcanzado quizá mayor éxito de público y de crítica en todo el mundo: *El Libro de San Michele*, de Axel Munthe, y *Cuerpos y almas*, de Maxence Van der Meersch. Frente al primero, el Dr. Salieres se siente también un poco «escritor contra los médicos», ya que juzga con escasa be-

nevolencia su labor científica. Según él, se trata de un «meteco semi instruído», dotado de un poder de fascinación extraordinario que después de pasar breve y superficialmente por los hospitales, llega a ser médico de moda a consecuencia de éxitos fáciles en enfermas ricas y frecuentemente Histéricas. «Adorado por una clientela especial—dice el autor—, execrable médico, pero a la vez astuto, diplomado, inatacable.» Mucho mejor es la opinión del Dr. Salieres acerca del valor literario del libro: «encantador, lleno de vida y de interés», particularmente cuando el médico de la Reina de Suecia se refiere a los animales amigos del hombre, y a este propósito recuerda la opinión expresada con anterioridad de que el autor del *Libro de San Michele* había errado, en cierto modo, su vocación al adoptar la profesión de médico en vez de la de domador de animales.

Tampoco son muy benévolos los juicios del Dr. Salieres acerca de los fundamentos científicos de la gran novela de Van der Meersch *Cuerpos y Almas*. Se trata, en su opinión, de un libro escrito con maestría insuperable, lleno de color y de vida, pero que desde el punto de vista médico demuestra una preparación insuficiente en su autor. Uno de los momentos más felices de la obra del Dr. Salieres es su comentario a la famosa operación cesárea de *Cuerpos y Almas*, donde el operador, después de iniciar su faena con tajos tremendos, emplea una técnica y unos procedimientos de hemostasia totalmente disparatados. Cree el Dr. Salieres que en la novela existen demasiadas monstruosidades y los casos desgraciados se acumulan en proporciones inexistentes en la vida real, le parece que Van der Meersch ha partido de una convicción en lugar de buscarla, y su defensa de la medicina naturista se basa en juicios apasionados que presentan deformada la realidad. Otros muchos autores caen dentro del tema, y el Dr. Salieres va exponiendo con soltura la opinión que le merecen Bernard Shaw en su *Dilema del doctor*, Vicki Baum en *Helem Wilfur* o *La recuperación del tiempo perdido*, de Marcel Proust, entre otros. No se libra tampoco de sus críticas la prosa espiritual de Duhamel, y en un capítulo aparte, donde el lector se siente aliviado de tanta ingratitud hacia los médicos, surgen los comentarios generalmente favorables hacia los raros escritores que, al tratar de Medicina, suprimen las descripciones horrendas e incluso evitan hablar de los médicos que consideran a sus enfermos como «casos interesantes». Entre éstos, *rara avis*, se encuentran Sacha Guitry por su obra *La maladie*, Gil Robin, Martin du Gard, Celine, Luisa Her-

vieu y Malegue. El lector español echa de menos el comentario acerca de algunas obras, aparecidas en España en estos últimos años, que son ciertamente interesantes y meritorias.

En sus conclusiones, el Dr. Salieres se pronuncia en contra de las vulgarizaciones científicas, hechas en la literatura sin el debido conocimiento de la materia y previene al público de que las soluciones a los problemas de patología que aparecen en las novelas son, con frecuencia, muy distintas en la realidad.

S.

DOCUMENTACION LEGISLATIVA

DECRETO de 27 de enero de 1950 por el que se concede la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio a D. Carlos Ibarguren.

En atención a los méritos y circunstancias que concurren en D. Carlos Ibarguren,
Vengo en concederle la Gran

Cruz de la Orden Civil de Alfonso X el Sabio.

Así lo dispongo por el presente Decreto, dado en Madrid a veintisiete de enero de mil novecientos cincuenta.

FRANCISCO FRANCO

El Ministro de Educación Nacional,
JOSE IBANEZ MARTIN

